

**© Elia Barceló, Bernardo Fernández BEF,
Gerardo Horacio Porcayo, Irving Roffe,
Mauricio-José Schwarz, Paco Ignacio Taibo II y
José Luis Zárate.**

Impreso en México, 2025.

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.

Diseño de maquetación y portada: Daniela Campero.

Los derechos de autor son gestionados por Para Leer en
Libertad AC. Libro gratuito, prohibida su venta.

Y SI TODO CAMBIARA

Antología de ciencia ficción y fantasía

SFUMATO. MÁS AZUL

ELIA BARCELÓ

El inspector Molina miraba con asqueada fascinación el espectáculo que ofrecía aquel apartamento de playa convertido en un improvisado estudio de pintor. Los muebles, baratos y funcionales, habían sido apartados hacia las paredes del salón para dejar sitio a lo que ahora ocupaba el centro, iluminado por dos potentes focos de fotógrafo: una gran lámina de plástico cubierta de manchones de pintura sobre la que reposaba, artísticamente colocado, el cadáver de una mujer joven casi enteramente pintado de azul.

A la derecha del inspector, sobre un atril, un lienzo inacabado reproducía la figura yacente. Los ojos y la boca aparecían apenas esbozados y el artista había empezado a difuminar la zona correspondiente hasta que se había cansado del efecto o se había visto obligado a huir.

—Otra vez el maldito Pintor —dijo una voz detrás de él. Molina se giró y le estrechó la mano al forense.

—La tercera víctima. Exactamente igual que las anteriores, por lo que parece. Joven, rubia, pintada de azul. Probablemente asfixiada, como las anteriores.

—Pronto lo sabremos —contestó el forense.

—Según el psicólogo, el Pintor no quiere estropear su aspecto y por eso las asfixia, para no dejar huellas

en su cuerpo. Dice que para él, al fin y al cabo, son un objeto artístico.

El forense soltó un bufido. Nunca había creído que la psicología fuera una ciencia.

—¿Y entonces por qué las pinta a ellas? ¿No le basta con tenerlas de modelo? Yo, en mi ignorancia, pensaba que el objeto artístico es el cuadro, no la mujer.

—¡Vaya usted a saber! Tratándose de locos...

—Y no tenemos nada más que el cadáver, como siempre.

—Lo peinaremos todo; pero no creo. El Pintor no es tonto. Hasta ahora no ha dejado una sola pista, salvo el cuadro, claro, pero no nos sirve de mucho porque por el momento ningún galerista, ni profesor de arte ha reconocido el estilo. Hemos preguntado a todo el mundo. A nadie le suena.

—Bueno, yo voy a lo mío.

Molina salió a la escalera, donde un agente de uniforme interrogaba al matrimonio mayor que había dado el aviso; una pareja de jubilados que se habían mudado definitivamente al piso de la playa y a los que les había extrañado que el coche de su joven vecina siguiera allí el lunes a mediodía. Pero no parecían ser de mucha ayuda porque no habían visto nada.

—Es que nosotros salimos el viernes al cine y a cenar, y al volver esto estaba lleno de coches, como todos los fines de semana de mayo, no nos hemos fijado hasta hoy, porque aparte del nuestro, el Fiat de Mati era el único de la acera. Yo le he dicho a mi marido que era raro que hubiera venido para el fin de semana y no nos

hubiera dicho nada, porque siempre se pasa un momento. Pero, claro, si no había venido sola...

Los dejó con su declaración y bajó los tres pisos hasta la calle pensando, como siempre, qué cojones podía haber en el cerebro de alguien que hace una cosa así, alguien que es capaz de pintar de ese modo, porque el tío pintaba realmente bien, y en lugar de dedicarse a hacer exposiciones y ganar dinero con sus cuadros, se dedica a matar mujeres, dejándose los lienzos a medio terminar.

Encendió un cigarrillo. El mar estaba perfectamente azul y en el horizonte se dibujaba, algo difuminada por la distancia, la silueta de la isla de Tabarca.

La primavera había llegado temprano a Amboise: todos los frutales estaban en flor y los rosales preparaban los capullos que se abrirían por Pentecostés, convirtiendo los parques de los hermosos castillos en jardines galantes consagrados a la cortesía y al amor. Después de un invierno particularmente frío, el sol empezaba a calentar de nuevo y las muchachas mostraban al mediodía sus blancos brazos, lanzando miradas de soslayo a los mozos que se afanaban en el parque de Chambord, preparando la fiesta que Su Majestad Francisco I había decidido organizar.

Francesco de Melzi, que volvía de su paseo matutino por el bosque, cruzó el patio del castillo, dirigiéndose hacia el taller que había quedado instalado apenas unos días atrás, porque Su Majestad, aunque consciente de la precaria salud de Leonardo, había querido tenerlo en Chambord durante las festividades.

Después del radiante sol de la mañana, el taller parecía una cueva, frío y oscuro; lleno, como siempre, de bosquejos, maquetas a medio acabar y lienzos en los que trabajaban algunos aprendices, sin que el maestro les prestara más atención que alguna mirada ocasional.

Leonardo estaba sentado a una gran mesa de caballetes sobre la que caía un potente rayo de sol dorado, tratando de seguir con sus ojos ya débiles las líneas de un gran bosquejo dibujado en tinta rojiza, algo que podía ser una máquina de guerra o algún tipo de construcción hidráulica. La luz iluminaba con claridad sus manos sarmentosas, moteadas de manchas marrones, dejando en sombra sus largos cabellos blancos, la barba patriarcal, los ojos entornados, fijos en las líneas del dibujo.

Francesco se detuvo a pocos pasos, observándolo. Había envejecido mucho desde que vivían en Francia, y el ataque que lo había paralizado de medio cuerpo unos meses atrás había convertido su mano izquierda en una garra casi inútil, pero su figura seguía siendo imponente y su inteligencia brillaba como el aura de un ángel a su alrededor.

Llevaban muchos años juntos, desde los tiempos de Florencia, aunque se habían conocido en Milán, cuando Francesco, que entonces era aún un muchacho, había acudido a su taller para aprender de él todo cuanto pudiera enseñarle. Desde entonces —Milán, Florencia, Roma, Francia— habían estado siempre juntos. Leonardo había sido para él maestro, padre, hermano, amigo, amante, todo lo que un ser humano puede ser para otro, y se le estrujaba el corazón cada vez que pensaba en la posibilidad de su muerte.

—Acércate, Francesco —dijo Leonardo sin apartar la vista del plano que tenía delante. Dime qué piensas de esto.

—La inteligencia nunca ha sido mi fuerte, maestro. Leonardo dejó escapar un cloqueo:

—Lo sé, muchacho, lo sé. Pero esto es sólo un juguete, un capricho que podría gustarle a Su Majestad para la fiesta. Nada serio, ¿comprendes? Un divertimento. Me temo que mis grandes días han pasado ya, mis fuerzas se acaban.

—¿El hombre que diseñó la escalera de la doble hélice de este mismo castillo, admiración de propios y extraños, dice que sus días han pasado ya? ¿Acaso necesitáis más alabanzas, maestro? —preguntó Francesco, travieso.

Leonardo miró a Francesco y en sus labios apareció una sonrisa pícara.

—Querido muchacho, a veces hasta yo necesito que alguien me diga que mi vida no ha sido en vano.

—¿En vano? Príncipes y reyes y papas han caído a vuestros pies, deshechos en alabanzas, derretidos de admiración ante vuestro genio. Sois la prueba viva de los dones de Dios derramados sobre un solo hombre: sois músico, pintor, escultor, ingeniero, arquitecto, astrónomo, botánico... ¿es necesario que os lo recuerde?

Leonardo se pasó la mano por la frente, apartándose las largas guedejas como si quisiera con ello también apartar los negros pensamientos.

—Sé que no me queda mucho, Francesco. Y tengo aún tanto que hacer, tantos planes, tantos proyectos, tantas ideas... una vida no basta.

—Salid un poco al parque conmigo, maestro. El calor del sol hará que os sintáis mejor. Este taller es oscuro y frío y el pensamiento se vuelve triste aquí dentro. Lo sujetó por los hombros con infinita ternura y lo ayudó a ponerse en pie.

—Hay mucho que hacer, muchacho —murmuraba, mientras buscaba el bastón que había dejado apoyado contra la mesa. El trabajo no se hace solo. Todavía. Quizá en un futuro los hombres tengan máquinas que trabajen por ellos, pero aún no, aún no.

Antes de que cruzaran la puerta, se acercó Salai con la paleta y el pincel en la mano.

—Maestro, ¿podéis venir un momento? Hay algo que no me acaba de gustar en el encargo que llevo entre manos.

Antes de que Leonardo pudiera contestar, lo hizo Francesco:

—Trae aquí el lienzo, a la luz.

Salai les mostró el retrato de una mujer de mirada dulce y sonrisa tímida...

—Es una Santa Ana, para la capilla de la reina, pero no estoy contento, maestro. Sé que falta algo.

Leonardo miró el trabajo de su discípulo con una sonrisa ausente.

—¿Qué falta, según tú? —preguntó.

—No sé bien, maestro. La realidad, me parece. Esta mujer no es real. Es sólo un cuadro.

—Lo que pintamos los pintores nunca es realidad, Salai. La realidad la pinta Dios, nosotros sólo la imitamos.

—Pero cuanto mejor la imitamos, más nos acercamos a la realidad de la obra divina —contestó Salai ligeramente molesto—. Son vuestras propias palabras.

—Lo sé, hijo.

—Entonces, ¿qué falta?

—Misterio —contestó el anciano, como si fuera evidente—. La realidad es misterio. Lo que no se acaba de ver, lo que se adivina, lo que se intuye, lo que hace reflexionar, soñar, imaginar... todo eso es lo que forma la realidad que nosotros imitamos. Cuanto más misterio haya en tu cuadro, más se acercará a la realidad.

—Como en la Gioconda —suspiró Salai.

—Es la vez que mejor me ha sido dado captar el misterio de la existencia humana. Estúdiala, hijo.

—Vamos, maestro —urgió Francesco—. El aire fresco os sentará bien.

No le gustaba el otro discípulo de Leonardo. No le gustaba la arrogancia que demostraba queriendo equipararse a su maestro, cuando después de tantos años debería saber que Leonardo era inimitable, que el secreto de sus cuadros no estaba en unas técnicas que podían ser aprendidas y dominadas, sino en el don del cielo que lo hacía único entre los hombres.

—Un día, Francesco —dijo Leonardo, mientras cruzaban lentamente el patio entre mozos y mozas que acudían a sus tareas—, un día muy lejano los hombres vendrán aquí buscando nuestras huellas. Habrá máquinas que cruzarán el cielo, y grandes puentes sobre ríos y estuarios; inmensos edificios gráciles como tallos y flores; obras de ingeniería que apenas si podemos soñar. Pero el misterio permanecerá porque el misterio es la fuerza que mueve a los hombres, la que despierta su curiosidad, la que los hace querer ir más allá; un espejismo que danza tentadoramente al límite del horizonte y que nunca alcanzaremos.

Francesco suspiró y guardó silencio. Tenía razón el maestro, pero para él, el misterio era Leonardo, su mente, su pensamiento, su mera existencia. Ese misterio que nunca se alcanza, aunque nuestro brazo rodee sus hombros frágiles y huesudos, aunque nuestro oído capte aún la voz cascada, las palabras que nunca son capaces de expresar del todo nuestro pensamiento.

—Entonces, ¿el estilo no es reconocible?

El inspector Molina llevaba cuatro días entrevistando a toda clase de personas que tuvieran una mínima relación con el mundo del arte, con la esperanza, cada vez más vaga, de encontrar a alguien que conociera a quien había pintado aquellos lienzos inacabados.

—Yo no he dicho eso.

El galerista, un antiguo hippie que llevaba más de treinta años instalado en Altea y que a pesar de que la galería iba bien, seguía vistiendo como en su juventud y luciendo la melena desgreñada que en su época había sido un signo de rebeldía y ahora casi volvía a serlo, sonrió mostrando unos dientes amarillentos...

—¿Lo reconoce o no? —Molina se estaba cansando de las crípticas respuestas del hippie.

—El que haya pintado esto trata de imitar conscientemente el estilo de Leonardo, pero no le sale. Probablemente por eso lo ha dejado sin acabar, porque está claro que no lleva a ninguna parte...

—¿Quién es Leonardo? —Molina había sacado su cuadernillo para apuntar el nombre y quizá, con suerte, una dirección—. ¿Sabe dónde puedo encontrarlo? —Insistió.

El galerista se echó a reír sonoramente. Sacó un cigarrillo sin filtro y lo encendió con parsimonia frente al inspector.

—En casi todos los museos importantes del mundo, si se empeña. Hablamos del gran Leonardo da Vinci, pintor renacentista, nacido en 1452 en la actual Italia y muerto en 1519 cerca de Amboise, en Francia. Su obra más famosa es la Mona Lisa, también llamada La Gioconda. Le suena, supongo. Está en el Louvre, pero con buscar un par de minutos en internet la tiene a su disposición.

El inspector perdió la vista en el horizonte azul del mar. Él no entendía un pimiento de pintura y ahora resultaba que aquel psicópata imitaba conscientemente a uno de los grandes clásicos... Pero en lugar de limitarse a pintar cuadros, mataba mujeres y las pintaba de azul. ¿Por qué?

—Ese... Leonardo —preguntó al cabo de unos instantes—, ¿pintaba mujeres?

—Con frecuencia. Pero también pintaba hombres, su San Juan Bautista, por ejemplo, o la Santa Cena.

—¿Pintó alguna vez una mujer muerta?

El hippie no demostró sorpresa.

—No, que yo sepa. Leonardo era, entre otras muchas cosas, anatomista, pero en su época lo de la disección de cadáveres no estaba bien visto por la Iglesia, así que tuvo que conformarse con estudiar cadáveres de animales.

—Pero, ¿era un pintor... macabro?

—No. En ningún sentido. Leonardo decía que la pintura más admirable era la que más reflejaba la rea-

lidad que trataba de imitar. Imitar la realidad de un cadáver es fácil, inspector, porque sólo queda lo exterior y eso puede hacerlo cualquier principiante. Lo que es difícil es imitar la vida, conseguir que la persona retratada siga viva en el cuadro. Por eso, estos lienzos que me ha mostrado no valen nada, porque no hay vida en ellos, no hay misterio.

—Pues yo los encuentro muy misteriosos.

—Usted quiere resolver el misterio de su autoría, pero eso es otra cosa, eso está fuera del cuadro. Usted y yo hablamos de misterios diferentes. El suyo es pequeño, banal, de andar por casa. Yo hablo del otro, del grande: el misterio de la vida, de la existencia, del alma si quiere llamarla así, del misterio del arte.

—¿Le parece banal tratar de meter en chirona a un hijo de puta que se ha cargado a tres muchachas?

—Yo hablaba de arte —dijo el hippie, con una última calada al cigarro, que ya casi le quemaba los dedos amarillentos.

—Yo no. Ya volveré si lo necesito.

—Cuando quiera, inspector, cuando quiera.

El prado del castillo de Chambord brillaba como una esmeralda frente a sus ojos, mientras en la distancia los bosques se azulaban hasta perderse en una neblina suave. Se detuvieron al borde de la hierba, aún húmeda de rocío, y Francesco le cogió un cubo de madera a una muchacha que pasaba en dirección a la granja; le dio la vuelta, lo niveló bien y acomodó a Leonardo sobre el improvisado taburete.

—¡Qué hermoso es el mundo, Francesco! —dijo el maestro con un suspiro—. Tan perfecto, tan lleno de secretos. Ha sido una buena idea salir del taller.

Guardaron silencio durante unos minutos. Francesco se colocó detrás de Leonardo para servirle de respaldo, si lo necesitaba.

—No aprende este muchacho —dijo entre dientes.

—¿Salai?

—No capta la idea del misterio encerrado en la vida. Por eso nunca podrá pintarlo. Él cree firmemente que todo es una técnica. Soltó una risita y calló de nuevo durante unos instantes ¿Te he contado alguna vez de un aprendiz que tuve, de nombre Ticino?

Sin esperar respuesta, siguió hablando:

—Era muy joven, muy bello, muy inocente. Y no era mal pintor, pero era como Salai, un poco simple para mi gusto. Estaba trabajando en el retrato de una dama de alcurnia, no recuerdo ya su nombre. Yo entonces aún daba clases a mis aprendices, aún les hablaba de técnicas y métodos, aún daba consejos prácticos —volvió a reírse, perdido en sus recuerdos—. Vino un día a preguntarme cómo se podía dar más realidad a una pintura y yo, metido como estaba en el trabajo de una de mis maquetas, le contesté: "Sfumato, Ticino. Difumina los contornos. Quitando precisión aumentas el misterio y, por tanto, la realidad". Se fue sin decir palabra y volvió de nuevo. "Maestro, ¿os he entendido bien cuando decíais que para aumentar la sensación de realidad y distancia hay que poner más azul?" Supongo que le contesté que sí. Tú sabes que es cierto, Francesco. Desde

donde ahora estamos, todo el prado es verde brillante, pero conforme se aleja el prado y se une con los bosques y con las colinas del horizonte, se va volviendo azul. La distancia azulea y difumina las cosas. Cinco veces más distante, cinco veces más azul. Cinco veces más real.

Leonardo se interrumpió durante tanto rato que Francesco pensó que podía haberse quedado dormido, pero la cabeza del maestro seguía blandamente apoyada en su vientre sin vencerse hacia delante o hacia el lado. Con suavidad, le pasó la mano por el cabello blanco que la brisa acababa de mover sobre su rostro.

—Cuando fui a ver cómo iba el retrato de la dama, me lo encontré llorando en un rincón. No quería dejar que lo viera. Con motivo. Soltó una risa prolongada y se enjugó los ojos con el dorso de la mano buena. Había hecho un mamarracho medio difuminado y la pobre señora había quedado convertida en un borrón azul geneciana. El muy estúpido no se había dado cuenta de que la técnica del azul sólo puede aplicarse a paisajes y que el sfumato... ¿quién soy yo para explicarle a nadie la relación que yo veo entre el sfumato y la realidad y el misterio y la vida? ¿A quién le puede interesar?

—A mí —dijo Francesco suavemente.

—Tú heredarás todos mis manuscritos, querido mío.

—No habléis de eso, maestro. Aún no.

—Salai heredará a Mona Lisa. Quizá algún día llegue a comprenderla. Anda, hijo, vamos al taller. Hay mucho trabajo. Hay que preparar ese nuevo mundo que llegará cuando los hombres tengan máquinas que trabajen por ellos y puedan concentrarse en el gran misterio de la vida.

—¿Será un mundo mejor, maestro?

—Quién sabe, muchacho, quién sabe.

Molina comió en un restaurante del puerto, entre parejas de extranjeros de la tercera edad que, en lugar de pedir pescado o paella, tenían delante inmensas copas de helado de todos los sabores llenas de pedazos de frutas y cañitas de colores. Era posible que todo fuera un gran misterio, como decía el galerista hippie, pero para él lo único que contaba por el momento era descubrir al Pintor y detenerlo. Ni siquiera le interesaba tanto saber por qué lo hacía.

¿Quién puede saber por qué hace un loco lo que hace?

¿Y a quién le importa?

Se quedó mirando un avión que, probablemente cargado de turistas, iba perdiendo altura en dirección al aeropuerto de Alicante.

Lo cogerían, acabarían por cogerlo. Un hombre con ese tipo de obsesión acaba siempre por delatarse. La obsesión por el azul. ¿O había algo más que se le escapaba?

Cogió el móvil al tercer pitido sintiendo cómo se le apretaba el estómago. Si se trataba de otra víctima...

—Molina.

—Inspector, venga enseguida. Hay novedades.

—¿El Pintor?

—Sí, pero no es lo que usted cree. La chica está viva. Lo ha matado de un bastonazo en la cabeza.

—¿Se sabe seguro que es él?

—Llevaba todo el equipo de pintura y le había dicho a ella que le iba a pintar un retrato con el mar de fondo. Parece que está todo claro.

—¿Tenía algo sobre Leonardo da Vinci?

—¿Cómo lo sabe?

—¿Lo tenía?

—Un libro con fragmentos de manuscritos de Da Vinci y citas sobre el arte, marcado en la página de la Mona Lisa, y un libro de poemas de un tal Stéphane Mallarmé con una frase subrayada en rojo.

—¿Qué frase?

—Está en francés, pero se la leo: "Je suis hanté. L'azur!, l'azur!, l'azur!"

—¿Y eso qué quiere decir?

—"Estoy poseído" o algo así. "¡El azul!, ¡el azul!, ¡el azul!" En la cita a pie de página dice que para los poetas simbolistas, siguiendo una antigua tradición, el azul es el símbolo del misterio de la existencia.

—Dame las señas. Voy para allá.

LA BESTIA HA MUERTO

BERNARDO FERNÁNDEZ (BEF)

*A los ingenieros Alfredo Brigada Monjaraz y
Carlos Pérez-Tejada y Salazar, in memoriam*

1872

La campanilla de bronce del cerebro mecánico repique-teó, arrancando al príncipe de Salm Salm del reporte de seguridad que leía. En la pantalla esférica, que tanto le recordaba una escafandra de submarinista, se leía que una epístola eléctrica había llegado.

A través del ventanal de la oficina, en el castillo de Chapultepec, podían verse un par de dirigibles deslizarse con pereza de manatíes entre las nubes que cobijaban el Valle de México. En el costado de uno de ellos, en una pantalla gigante, se leía "1863-1873. Diez años de prosperidad". Junto a las palabras, una imagen del rostro del Emperador sonreía a sus súbditos.

Al ver el remitente, el corazón del príncipe, ministro del Interior del Imperio Mexicano, dio un respingo: J. N. Alponente.

Lo que acabó de inquietarlo fue el título de la misiva: "La bête c'est mort".

Un temblor imperceptible traicionó al militar.

¿Será posible? Por un instante dudó en abrirla. Si era lo que pensaba, sería una bomba en el Imperio.

El cuerpo de agentes suizos que integraba la oficina de inteligencia militar se encargaba de filtrar la correspondencia que llegaba al ministerio, toneladas de peticiones que los súbditos mandaban desde todos los rincones del Imperio. A la terminal del ministro sólo llegaban las que se consideraban de suficiente importancia para distraer su atención. No podía haber error. Se trataba de eso.

Las palabras parpadeantes parecían observar al príncipe desde la burbuja de vidrio. Tras varios minutos de indecisión, el funcionario jaló el listón de seda verde del intercomunicador neumático que conectaba su oficina con la cocina de Palacio.

—¿Señor? —contestó la voz del chef húngaro.

—Tüdös, mándeme un café expreso. Cargado.

—De inmediato, señor.

Minutos después, un sirviente mecánico tocaba a la puerta.

—Adelante.

—Su café, señor —dijo el homúnculo metálico.

Le ofrecía una taza en porcelana de talavera sobre una charola de plata zacatecana. Sin responder, el hombre la tomó y bebió su contenido de un sorbo. Al devolverla, indicó al androide que podía retirarse. Le inquietaba la presencia servil de esas máquinas.

Sintió cómo le tranquilizaba el brebaje a medida que la cafeína se integraba al torrente sanguíneo. Sólo hasta entonces dio click a su terminal para leer la carta.

Salm Salm pudo descifrar, en medio de la verbosidad que caracterizaba los comunicados del senil Alpon-
te, la confirmación de sus sospechas.

Sin esperar más, tiró del listón de seda roja que lo comunicaba directamente al despacho del Emperador.

—¿Qué sucede, Félix?— contestó Maximiliano de Habsburgo al otro lado de la línea. Era un canal reservado para emergencias.

—Juárez ha muerto, Su Majestad.

Tras un breve silencio, el Emperador dijo:

—Ven a mi oficina.

1871

La furia helada de enero azotaba las calles de París. El viento gélido lamía el rostro del agente mexicano. No estaba acostumbrado a estas temperaturas, ante las que su abrigo inglés de lana ofrecía nula protección mientras caminaba por el Boulevard Saint-Michel en busca de la calle donde tenía su cita.

Arriesgándose a que se le congelaran las manos, sacó de nuevo la tarjeta para verificar la dirección. Era correcta. Golpeó el aldabón de la puerta. Una adusta ama de llaves abrió. Preguntó por el doctor Jean-Martin Charcot, a lo que el ama respondió con un: "Pase usted, *monsieur. Le docteur* le aguarda", y le dio la espalda para internarse en el consultorio. El visitante titubeó antes de seguirla. Las costumbres europeas, allende los Pirineos, le resultaban ajenas, confusas. A veces, hasta las de los españoles.

La mujer le señaló un sillón para que se sentara, luego lo abandonó en la sala. Él curioseó entre los diplomas colgados en la pared hasta que, tras algunos minutos que le parecieron eternos, el científico apareció al final del pasillo.

—¿*Monsieur* Smith?

—Doctor Charcot —respondió con un francés espantoso, estrechando la mano del sabio—, es un honor conocer al padre de la psicocibernética.

—Es tan sólo una ciencia en pañales, apenas en el área de lo teórico —repuso el doctor al sentarse, indicando al visitante que hiciera lo propio—. Sin embargo, estoy seguro de que tendrá un auge impresionante en el próximo siglo. Pero dígame... Perdón, me cuesta trabajo pronunciar su apellido. El auténtico, quiero decir.

—Lerdo de Tejada.

—¿En qué le puedo ayudar, *monsieur*?

Mencionar su nombre verdadero inquietó por un momento a Sebastián, agente especial de la rebelión de los liberales mexicanos. ¿Acaso sería una trampa? Habían sido demasiados meses asumiendo la personalidad de *Mister* John Smith, comerciante canadiense en pieles de oso, de visita de negocios en la Ciudad Luz. Si lo atrapaban, era hombre muerto tras sufrir horribles torturas a manos de la policía secreta de Napoleón III. Decidió, sin embargo, confiar. Tomó aire. Debía ser lo más claro posible en una lengua que no dominaba.

—Como sabe, a pesar de nuestra lucha, nos hemos dado tiempo para seguir con interés los avances de la ciencia. Su trabajo, específicamente, es de gran interés para nosotros.

—Ajá.

—Jamás nos hubiéramos atrevido a presentarnos ante usted de no ser por su abierta simpatía por nuestra causa.

—Bueno —el doctor Charcot carraspeó, incómodo—, lo único que hice fue firmar aquella carta que convocó Baudelaire. Fue suscrita por muchos intelectuales: el propio Charles, Víctor Hugo, Jules Verne, Dostoievsky, el grupo de los cinco, aquel periodista alemán que vive en Londres...

—Karl Marx.

—Ese mismo. Llamó la atención que me adhiriera a la causa por ser el único científico.

—Darwin también firmó.

—¿Ah, sí?

Varios sabios ingleses y alemanes habían rubricado la petición internacional que solicitaba la liberación de Benito Juárez. A Sebastián le irritaba la petulancia francesa, pero se resignó a soportarla en aras de la rebelión.

—En realidad —prosiguió Charcot—, firmé la carta porque me parecía inhumano que mantuvieran al hombre, ya casi un anciano, en esa cárcel tan espantosa. ¿Cuál es su nombre?

—San Juan de Ulúa.

La imágenes que Baudelaire publicó en su página de la red eran escalofrantes.

—Además, soy partidario de la libre determinación de las nuevas naciones. Tienen derecho a gobernarse sin la intervención europea. Ello, sin embargo, no me convierte en un simpatizante de la rebelión.

—Usted me ha recibido.

—Estoy dando audiencia a *Mr. Smith*, comerciante americano en pieles de oso.

Sebastián sabía que se enfrentaría a tal resistencia. Todo ciudadano francés ponía en riesgo su vida al

involucrarse directamente con los enemigos de Napoleón III y sus intereses. Decidió buscar por otro lado.

—Bien, doctor, seré conciso. En el terreno práctico ¿es posible digitalizar la personalidad de un individuo, como usted postula? ¿Perpetuar su existencia en la memoria de un cerebro mecánico?

—Eso es lo que sostengo —la actitud del médico cambió por completo al hablar de su obra—; desde luego, son elucubraciones teóricas. El procedimiento que he desarrollado con mis asistentes requiere necesariamente de la destrucción total del tejido nervioso, por lo que no existe voluntario que se preste al experimento. Hemos tenido éxito con simios, pero un ser humano... Sería necesario un enfermo desahuciado, alguien en fase terminal. Aun así, sería imposible garantizar el éxito de la digitalización...

—Doctor —Sebastián tragó saliva; pese al frío, un sudor nervioso perlaba su frente—, nosotros tenemos a ese voluntario.

La mirada de Charcot brilló.

Sin decir nada, ambos sabían de quién se trataba.

1866

¿Cómo no íbamos a perder, si prácticamente peleamos con piedras y palos contra las fuerzas de élite del Imperio austrohúngaro? Ahí donde derribábamos a uno de sus soldados mecánicos aparecían dos o tres nuevos homúnculos incansables. Nos bombardearon con fuego químico desde sus dirigibles y barrieron con obuses inteligentes nuestras rústicas barricadas. Los estragos de

décadas de hambre, de ignorancia, dejaron sentir como nunca su peso en los hombres de nuestra más humilde tropa conformada por el vulgo, enfrentada a los superhombres del enemigo invasor. No tuvimos oportunidad; antes de que nos diéramos cuenta, la República había caído hecha cenizas mientras el gobierno usurpador erigía una monarquía ilegítima, ahí donde los padres de nuestra patria derramaron su sangre para darnos libertad. Vinieron tiempos oscuros, hermanos y hermanas, noches sin fin durante las cuales huimos del enemigo hasta ser apresados. Confinados al más humillante encierro en mazmorras destinadas a la escoria criminal, el sol pareció ocultarse para la nación sin que su brillo entre los barrotes de la cárcel diera consuelo a los nuestros. Algunos cayeron, cerrando sus ojos para siempre en la desesperanza del encierro injusto, como el compañero Miguel Lerdo de Tejada. Yo mismo temí no volver a respirar la brisa matutina sin grilletes que maniataran mis muñecas y tobillos.

Pero hoy, una nueva luz se dibuja en el horizonte de nuestra lucha. Hoy, la solidaridad internacional ha liberado a los nuestros del confinamiento humillante. Replegamos la rebelión hacia el exilio, en espera de mejores tiempos, para reagrupar nuestras fuerzas. Hoy, una brasa de esperanza da calor a nuestros corazones. No están solos, hermanos y hermanas. Vaya hasta ustedes un abrazo solidario, recuerden que no existe noche eterna.

Desde algún lugar de Norteamérica, Ingeniero Benito Juárez, Presidente en el exilio (fragmento de la epístola eléctrica colocada en la página de la red de los

rebeldes, cuyo acceso se castiga con la pena de muerte dentro de territorio del Imperio Mexicano).

1872

En persona, Maximiliano I de México parecía mucho más alto que en las pantallas de los noticieros que se proyectaban en las funciones de las linternas mágicas y los telediaros. Su barba dorada comenzaba a encanecer, el rostro a surcarse por arrugas. Pero sus ojos, de un azul que recordaba el color del cielo minutos antes de caer un aguacero, conservaban una chispa juvenil que era más fácil de captar que describir.

En actos oficiales, el monarca vestía el uniforme de gala del ejército mexicano, diseñado por la Emperatriz y confeccionado en Bruselas por el sastre de la familia real a la que ella pertenecía. En sus demás apariciones públicas se le veía calzando botines italianos de diseño exclusivo, vestido de levita negra, con sombrero de copa, camisa de seda y pantalones grises, todo elaborado a la medida por su modisto de la casa Harrod's, en Londres. En la intimidad de su despacho, el protocolo se distendía permitiéndole una vestimenta informal, de acuerdo a las modas dictadas en París. Había veces, como ésta, que incluso usaba guayaberas de seda yucatecas, pantalones de algodón y huaraches idénticos a los de quienes cariñosamente llamaba "mis inditos", aunque de una talla que para estos hubiera resultado descomunal.

Pese a su vestimenta informal, cuando el príncipe de Salm Salm entró a la oficina imperial encontró el semblante del monarca cruzado por la preocupación.

—¿La noticia está confirmada, Félix? —preguntó Maximiliano sin saludar. Frente al escritorio de caoba, el padre Agustín Fischer, secretario particular del Emperador, observaba al ministro del Interior con la misma preocupación en la mirada.

—Así es, Alteza. Lo he confirmado por telégrafo con los servicios de inteligencia franceses. No se trata de otro delirio de Alponde. Por algo el general Miramón confía en él.

—*Scheisse* —masculló el Emperador, contra la prohibición, impuesta por él mismo, de hablar en Palacio otra lengua que no fuera el castellano.

—El maldito indio no pudo escoger peor momento para morir... —comenzó a decir el sacerdote.

—Querrá usted decir el presidente Juárez, padre —corrigió Maximiliano, siempre atento a las formas.

—Como quiera que le llamemos, Su Majestad —intervino Salm Salm—, es claro que esto nos coloca en una disyuntiva.

—Desde luego, su muerte lo transforma en un mártir de su propia causa —repuso el cura—, aunque imagino que también irá extinguiendo a sus simpatizantes. Muerto el perro, se acabó la rabia.

—El cadáver de un enemigo nunca huele mal —citó el príncipe.

—Caballeros, me parece que nos estamos desviando. Dime, Félix, ¿se conoce el motivo del deceso?

—Sí, Majestad. El hombre murió por una complicación respiratoria, aparentemente una dolencia que adquirió en los calabozos de San Juan de Ulúa. Tenía 66 años.

—¿Seguía en Nueva Orleans?

—Sí, señor. El gobierno norteamericano, sin embargo, no ha emitido ninguna declaración oficial. La noticia ocupó un modesto lugar en la prensa local. Tuvo poca resonancia internacional.

—Su imagen estaba muy desgastada, Max —dijo el padre Fischer—; tantos años de silencio, prometiendo un regreso que nunca cumplió. Muerto Baudelaire, se había quedado sin publrrelacionista.

—La pregunta, Su Majestad —dijo el ministro—, es la siguiente: ¿Damos o no la noticia?

—Seguramente tendrá un efecto devastador en los rebeldes locales —respondió Fischer—, desmoralizará por completo a los subversivos.

—O les dará un santo al cual rezar —el Emperador sonaba sombrío.

—No blasfemes, hijo.

—Con las celebraciones de los diez años del Imperio en puerta, Alteza, es impredecible el efecto que la noticia tendrá en la población —Salm Salm tenía en mente las pintas que a últimas fechas aparecían como hongos en las paredes de la ciudad: “¡Viva Juárez!” Era un fenómeno persistente pese a que el castigo a quien era sorprendido pintándolas consistía en el juicio sumario y la ejecución. Cada día parecían multiplicarse.

—Tarde o temprano se sabrá. Será mejor que nosotros emitamos una nota oficial antes de que los rumores se extiendan por las calles. Félix, comunícate con Aguilar y Marquecho —ordenó Maximiliano.

El príncipe no pudo decir “a la orden, Majestad”, porque la puerta del despacho se abrió de golpe, sobre-

saltando a los tres hombres. En el umbral, una mujer desnuda, el cuerpo cubierto de una sustancia viscosa que parecía betún o melaza, con la palabra "vagina" escrita sobre el pecho con lápiz labial, los observaba desafiante.

"¡Carlota!", quiso gritar el Emperador, pero el nombre de su esposa se le ahogó en la garganta cuando ella comenzó a hablar con voz gutural, avanzando hacia los tres hombres con pasos solemnes, dejando un rastro de huellas negras en el piso de mármol.

—Hay que dejarse crecer las uñas durante quince días —comenzó a recitar la Emperatriz—. ¡Oh! Qué dulce resulta entonces arrancar brutalmente del lecho a un niño que nada tenga todavía sobre el labio superior y, con los ojos muy abiertos, simular que se pasa suavemente la mano por sus hermosos cabellos.

La mujer llegó hasta el padre Fischer, que estaba paralizado de terror. Se sentó en su regazo para lamer lasciva la mejilla del sacerdote, quien sólo alcanzó a murmurar: "Déjala en paz, Satán".

Ella continuó su letanía:

—Luego, de pronto, cuando menos lo espera, hundir las largas uñas en su tierno pecho, cuidando de que no muera, pues si muriese, no se tendría más tarde el espectáculo de sus miserias.

De un salto felino, Carlota se incorporó para trepar en el escritorio de su marido, mirándolo con la intensidad de una cobra a su encantador, el azul de los ojos brillando en su rostro ennegrecido, el betún escurriendo sobre los papeles del monarca en lentos hilos pegajosos.

—A continuación se bebe la sangre, lamiendo sus heridas, y durante ese tiempo, que debiera ser largo

como larga es la eternidad, el niño llora. Nada es mejor que su sangre extraída como acabo de explicar... y caliente todavía, salvo sus lágrimas, amargas como la sal.

El primero en reaccionar fue el príncipe de Salm Salm, quien pulsó el botón de alarma. Segundos después, la guardia mecánica del Emperador, dos homúnculos mecánicos de bronce, entraron al despacho, precipitándose sobre la mujer.

—¡No la lastimen! ¡Es la Emperatriz! —aulló Maximiliano.

—Llévenla a sus habitaciones, denle una dosis de morfina. Tiene que estar repuesta para la tarde —ordenó el ministro.

Al ser arrastrada, la Emperatriz fue dejando una estela grasosa en el piso. Durante el penoso trayecto, no dejó de aullar:

—¿No has probado nunca el sabor de tu sangre cuando, por azar, te has cortado un dedo?! ¡¿Qué buena es, verdaaaaaaad?!

Cuando sus gritos se ahogaban entre los pasillos del Castillo, un pesado silencio caía en el despacho del Emperador. Éste, paralizado por la impresión que le causaban los cada vez más frecuentes delirios de su mujer, no pudo evitar que una lágrima escapara por sus mejillas, mientras el padre Fischer no paraba de santiguarse, rezando en latín.

El príncipe de Salm Salm no podía dejar de pensar que, de no haber desviado la mirada, habría visto cómo la Emperatriz, encaramada en el escritorio, hundía dos dedos en su pubis embadurnado.

1899

De las memorias inéditas de Sebastián Lerdo de Tejada, presidente de México de 1874 a 1880:

Muchas han sido las leyendas tejidas alrededor de la rebelión juarista. Muchas, las historias con las que el vulgo ha ornamentado la lucha de hombres y de mujeres patriotas que resistimos hasta el final. Muchas, las anécdotas que se han convertido en leyenda. Ha llegado la hora de iluminar las sombras que enmohecen el recuerdo, y lo vuelven difuso a la distancia de los años.

En el ocaso de mi vida, considero una obligación con la patria redactar estas memorias para lanzar un poco de luz sobre ese episodio fundamental de nuestra historia.

[...]

Logré convencer al doctor Charcot de ayudar a la causa aunque no fue poca la dificultad. La primera parte de la misión estaba resuelta, pero tenía todavía por delante lo más complicado.

Para comprender un poco la situación, debe saberse que en aquel momento, cual Jonás en el vientre de la bestia, era yo un rebelde infiltrado en un país enemigo, improvisado en un artífice militar de la invasión a nuestra nación. En no pocas ocasiones me supuse perseguido por la policía secreta de Napoleón III. Y según pude comprobar años después, tras la firma de la paz con Francia, mi vida nunca dejó de correr auténtico peligro. Empero, hubo siempre algún retorcimiento del destino que actuó a favor mío y de la causa: una puerta que se entreabría para dejarnos escapar, un amigo espontáneo

de la rebelión que me ocultaba en su buhardilla de Montmartre por algunos días y hubo también un maquillista de teatro que me inició en los misterios de su oficio, enseñanzas que me permitieron escabullirme más de una vez al cambiar de aspecto en los baños de una taberna o de alguna tienda de almacenes.

Asegurado el discreto contacto con el doctor, fue necesario meterlo clandestinamente a territorio americano, tarea que se complicaba debido al distanciamiento diplomático que existía entre nuestros vecinos y el gobierno napoleónico. Mientras la ocupación imperial usurpaba nuestro gobierno legítimo, las guerras intestinas sacudían a los Estados Unidos.

Era necesario crearles una nueva identidad al sabio y a su asistente, siendo éste un muchacho casi niño, larguirucho, introvertido y poco dado a la conversación.

Del mismo modo, debíamos enviar por barco el voluminoso equipo experimental con que el doctor Charcot trabajaría en territorio americano, delicada maquinaria fabricada en Suiza bajo la supervisión del propio Charcot, quien había realizado con ella sus experimentos en simios.

Por razones de seguridad nosotros emprendimos el viaje hasta que se confirmó la llegada de la maquinaria a Nueva Orleans, enviada a nombre de una compañía fantasma que la rebelión utilizaba para sus transacciones comerciales desde hacía varios años. Lo anterior nos proporcionó varios meses para disponer la partida, tiempo que por cierto no fue ninguna vacación en Europa.

Los compañeros de logística lograron proveernos de documentos falsos que acreditaban al doctor Charcot

y al muchacho como *Monsieur* André Gürtler y su hijo, ciudadanos suizos cuya neutralidad política les facilitaba la movilidad entre continentes.

El siguiente paso fue alterar el aspecto de los científicos de tal forma que fueran irreconocibles hasta para sus más allegados. Con pretexto de asistir a un congreso médico en Viena, sabio y asistente fingieron partir hacia Austria, sólo para bajar del tren instantes antes de que éste partiera, engañando a sus respectivas familias e instalándose en el modesto hotel de Pigalle, que la rebelión me financiaba con muchos apuros.

Nuestro eterno simpatizante, *Monsieur* Baudelaire, ya muy enfermo, se ofreció a asistirme en el teñido del cabello de nuestros amigos. El corte de cabello y el afeitado de su barba cambió a tal grado el aspecto del neurólogo, que de toparse con su propia madre, ésta no lo hubiera reconocido.

El mismo Jules Verne habría podido componer uno de sus romances científicos con las aventuras que pasamos desde el instante en que abordábamos el buque Marie Eugénie, cuando un comisario aduanal pareció dudar ante los documentos del joven asistente de Charcot, minuciosamente falsificados por un maestro grabador de la casa de moneda de la República (hacer llegar al artista desde el pueblo de Tacuba hasta Nueva Orleans podría ser por sí misma una novela de Salgari). Pasamos también días de angustia cuando descubrimos la presencia de un agente imperial mexicano a bordo del buque, espía de quien tuvimos que ocuparnos *monsieur le docteur* y yo, arriesgando nuestra vida, hasta el desembarco en

las costas de la Luisiana, semanas después, para finalmente encontrarnos con el comité clandestino rebelde, en plena agonía del señor Presidente.

Sólo hasta que descendíamos del buque en Nueva Orleans, sabiéndonos a salvo, comencé a intimar con el asistente del doctor Charcot. Nunca había tardado tanto en preguntarle a alguien su nombre. Su verdadero nombre.

—Sigmund Freud, señor —contestó en un inglés casi tan torpe como el mío, sonriendo por primera vez desde que le había conocido.

1872

Como todas las noches en todos los hogares mexicanos, a las ocho y cuarto los televisores mostraron en sus redondos monitores el escudo de armas nacional mientras se escuchaba la marcha imperial mexicana. Tras unos compases, durante los cuales los ciudadanos patriotas y temerosos de Dios se ponían de pie, se escuchaba una voz engolada que anunciaba:

—Damas y caballeros, el noticiero imperial mexicano.

A continuación aparecía en la pantalla el rostro de un hombre en el umbral de la senectud, al que un letrero compuesto en modernos caracteres Times identificaba como Don Ignacio Antonio Aguilar y Marquecho. Era un hombre de gesto adusto, poco dado a la sonrisa, el rostro enmarcado por unos enormes audífonos, y que noche tras noche daba las noticias oficiales del Imperio del Anáhuac.

—Señoras, señores, buenas noches, buen provecho si ya merendaron, *bon appétit* si se disponen a hacerlo —saludó el comunicador como hacía siempre—; éstas son las noticias del Imperio.

Entonces llenaba la pantalla la imagen de un alegre campesino que zafraba caña de azúcar con un machete. La voz de Aguilar y Marquecho indicaba entonces los productos agrícolas que habían aumentado su producción y en qué porcentaje, mientras las cifras se encimaban sobre el agricultor. Pocos sabían que la imagen, que se repetía en sus monitores en cada emisión del telediario, era en realidad la de un marinero marroquí, seleccionado por una agencia de publicidad parisina que había grabado el segmento a las afueras de La Habana.

Después de las cifras agrícolas venía la agenda imperial, que daba cuenta de las actividades de Su Majestad:

—Esta mañana, el Emperador de todos los mexicanos tuvo una junta privada con sus más cercanos colaboradores, para después recibir la visita del ingeniero Ferdinand Duque de Lesseps. Como se sabe, este eminente técnico supervisa actualmente la construcción del canal de Tehuantepec, que unirá los océanos Atlántico y Pacífico. Un auténtico prodigio del ingenio humano.

En la pantalla, Lesseps estrechaba la mano de Maximiliano I, después se les veía charlando en el despacho del monarca. Nadie escuchó las amargas quejas del francés por la guerrilla indígena, que impedía los avances satisfactorios de la obra.

—Por la tarde, en compañía de la Emperatriz, Su Majestad inauguró el nuevo orfanatorio de San Fernan-

do, en el pueblo de Tlalpan, administrado por la orden de las hermanas capuchinas. Como se sabe, el antiguo convento de esta orden fue derruido por la intolerancia y el anticristianismo del antiguo régimen en 1861.

Mientras el periodista hablaba, Maximiliano y Carlota se veían cortar un listón inaugural rodeados de religiosas y ministros entre los que se distinguía el padre Fischer. En la siguiente toma, la Emperatriz acariciaba un niño huérfano en el pecho. Su mirada era ausente, la sonrisa glacial.

El noticiero tampoco mostraba a los manifestantes inconformes que se habían apelotonado afuera del orfanato con pancartas que exigían la libertad a los presos de conciencia y menos cómo la policía montada antimotines arrasaba con ellos.

A mitad de la emisión, Aguilar y Marquecho preguntaba al público:

—La encuesta de esta noche es la siguiente: “¿Está usted de acuerdo con que se rediseñen los uniformes de las fuerzas armadas para los festejos de los diez años de la corona?” Si su respuesta es sí, marque el siguiente número...

Tras la encuesta venía la larga sección de sociales y espectáculos, por donde desfilaban los mismos rostros de la oligarquía mexicana una noche tras otra. Una boda entre las familias Betancourt y Lascuráin, una tamaliza en la hacienda de los Corcuera, la presentación en sociedad de una de las Espinoza de los Monteros, el estreno de la última cinta francesa sobre la construcción del canal de Suez en las linternas mágicas de la ciudad,

la inauguración de la temporada de zarzuela en el teatro Lírico, la recepción de la semana en alguna de las embajadas. Y así se sucedían las crónicas rosas hasta llegar al final del programa.

En esa ocasión, esa noche tan sólo, el severo rostro del presentador habló para dar una nota más, un mínimo colofón al acabar las noticias:

—El día de ayer, el ingeniero Pablo Benito Juárez García murió de una angina de pecho en la ciudad de Nueva Orleans, Luisiana, en donde permaneció oculto tras ser desterrado del Imperio. Juárez García fue el último presidente del antiguo régimen. *Requiescat in pace*. Buenas noches.

1871

—Será la libertad —dijo uno de los encapuchados, dando por iniciada la sesión.

—O será la muerte —contestaron a coro todos los presentes, incluidos los dos extranjeros. Las luces se encendieron, todos se quitaron las máscaras. El primero en hablar había sido Don Guillermo Prieto. El comité clandestino de la rebelión se había reunido en sesión extraordinaria en uno de los auditorios de la escuela de medicina de la universidad de Nueva Orleans, una facilidad obtenida con dificultad apelando a los viejos contactos en el gobierno norteamericano que le quedaban a la rebelión.

Instalados en las butacas, la atención de los liberales mexicanos se concentraba en la máquina.

Era ésta como el esqueleto de una gran ave, con miles de engranes que controlaban el movimiento de

sus extremidades metálicas. Un mecanismo de relojería perfectamente sincronizado, dirigido por un cerebro mecánico, manipulaba la navaja en forma de guadaña en que terminaba el brazo metálico, así como los delicados tentáculos de metal que llevaban lo cortado por el sable hasta una placa de vidrio en el vientre de la máquina.

Sebastián Lerdo de Tejada carraspeó para llamar la atención de sus compañeros de lucha y ahogar sus rumores.

—Caballeros, la hora de la verdad ha llegado.

En ese momento, una camilla entró al quirófano, llevando al deteriorado presidente Juárez. Pese a la enfermedad, la mirada del viejo conservaba su feroz agudeza. Las dolencias físicas habían medrado su cuerpo, no así su mente, que se mantenía lúcida. Eso era lo que trataban de aprovechar.

—Eh... dejo la palabra al doctor Charcot —y Sebastián se retiró a un rincón.

El francés había aprendido a amar a estos hombres, que años antes habían sido acomodados funcionarios del gobierno republicano y que ahora lo habían sacrificado todo por su lucha, una batalla desigual contra las potencias europeas que no podían más que perder. A menos que sucediera algo, y para eso estaba aquí Charcot.

—Señores, seré breve —su castellano había mejorado notablemente, si bien las erres guturales le traicionaban—. Estamos a punto de presenciar un acontecimiento histórico. Atestiguarán ustedes la primera digitalización de una mente humana. Para mí es un ho-

nor que el voluntario haya sido su líder, un hombre extraordinario por donde se le vea. No les abrumaré con tecnicismos, el proceso consiste en lo siguiente: tras adormecer al paciente con morfina, trepanaremos cuidadosamente el cráneo, retirando la calota para dejar al descubierto el tejido cerebral. Nuestra máquina procederá entonces a hacer finísimas incisiones de menos de medio milímetro de anchas en el cerebro de *Monsieur* Juárez para después llevar las, eh... llamémoslas rebanadas, a esa placa de vidrio, donde se les tomará un daguerrotipo detallado que después será leído y analizado por el cerebro mecánico del aparato para rearmar la mente del voluntario dentro de su memoria, convertida en un archivo digital en tres dimensiones. Si todo sale bien, tendremos un modelo electrónico de la mente del presidente Juárez con sus recuerdos, sus sueños, sus miedos, sus ideas...

—¿De qué servirá eso? —interrumpió desde el fondo Mariano Escobedo, un estratega excepcional, consejero militar de la rebelión, quien apenas sabía poco más allá del oficio de las armas.

—En primer lugar, salvaremos de la muerte inminente a nuestro líder —el sabio dijo la palabra “nuestro” con total convencimiento—; prácticamente le estaremos otorgando vida eterna. ¿Se imagina? El presidente Juárez será un ente inteligente en el mundo de las redes digitales. Podría infiltrarse en los sistemas electrónicos del enemigo, causando pérdidas de archivos, órdenes equivocadas y caos administrativo. ¡Un ataque devastador sin necesidad de ejércitos! Sería como un... como un virus incurable.

—¿Y si todo sale mal?— porfió Escobedo.

—Entonces tendremos un cadáver con la masa encefálica desecha. ¿Procedemos, *Monsieur le President*?
—dijo, dirigiéndose a Juárez.

Desde su camilla, don Benito dirigió una mirada a Sebastián. En todos los años de conocerle, Lerdo de Tejada jamás había visto tal expresión de miedo en su líder, ni siquiera cuando estuvo a punto de ser fusilado en Guadalajara. Juárez era un indio recio y orgulloso. Había que darle una respuesta a su altura.

—Ahora o nunca, señor Presidente.

El héroe zapoteca volteó hacia el médico francés y asintió con serenidad. Luego cerró los ojos por última vez.

—Inicie secuencia, Sigmund —ordenó Charcot a su asistente.

Los engranes comenzaron a girar.

1873

Doce de junio. El gran día.

Diez años del Imperio.

La fiesta más importante de la vida de Maximiliano I de México y, sin embargo, todo estaba saliendo mal. Aquella mañana, al ducharse, el Emperador descubrió que no había agua caliente en el castillo de Chapultepec. Los sistemas hidráulicos de Palacio, controlados por el cerebro mecánico central, simplemente se negaron a escupir otra cosa que no fuera agua helada.

Los días de campaña en la marina le habían enseñado a resistir esas carencias, no así a la Emperatriz, a quien el baño frío produjo una aguda recaída de ánimo.

Mientras el valet imperial vestía al monarca, éste podía escuchar a su esposa emitir unos alaridos pavorosos desde la tina.

—Quizá sería buena idea administrar una pequeña dosis de morfina a Carlota, padre —murmuró a su secretario particular con los ojos cerrados. —Tan sólo un golpecito.

—Lo dispondré de inmediato, Max —repuso Fischer, dando de inmediato la orden a un androide enfermero. Sin embargo, éste fue hacia ella y le propinó una bofetada que derribó inconsciente a la Emperatriz.

El jefe de sistemas de Palacio no podía explicar el equívoco funcionamiento del androide, que fue desactivado en el instante a patadas por el propio Emperador.

Todo parecía estar en su lugar, pero salía mal. Una hora más tarde, el príncipe de Salm Salm sugirió de última hora cambiar los planes, de manera que el Emperador no encabezara el desfile militar que iría del castillo de Chapultepec hasta la Plaza Mayor de la ciudad.

—Le sugiero que lo presida desde el balcón imperial, señor, todas estas fallas me parecen muy sospechosas —murmuró el ministro al oído del Emperador mientras éste intentaba beber un líquido inmundo que la cafetera había vomitado en la taza de Maximiliano.

Al ver a las damas de compañía esforzarse en disimular el moretón en el rostro de Carlota, el Emperador decidió que era mejor no arriesgarse a sufrir ningún atentado. Estarían más seguros en el balcón.

—Félix —dijo a su ministro—, comunícame con el general Miramón. Quiero que redoblen la seguridad.

—Sí, Su Majestad.

La llamada tardó más de quince minutos en conectar con el secretario de Guerra. La plática resultó prácticamente incomprensible por la estática que chasqueaba a través de la línea.

—Algo está pasando, padre —dijo nervioso el Emperador a Fischer, instantes antes de salir al balcón— y no me gusta nada.

El sacerdote sólo alcanzó a murmurar una respuesta incomprensible. El miedo podía leerse en su rostro.

Sólo hasta que Maximiliano Primero de Habsburgo, Archiduque de Austria, Emperador de México y el Caribe, salió al balcón del castillo de Chapultepec, acompañado de una Emperatriz Carlota Amelia completamente sedada, comprendió la dimensión de lo que ocurría en ése, su Imperio, que de pronto no parecía tan próspero ni tan pacífico como lo declaraba todas las noches el noticiero oficial, o como lo pregonaban la prensa oficialista y los voceros del gobierno.

Ante los ojos aterrados del monarca, uno de los dirigibles que desfilaban en los cielos a la par de las fuerzas armadas se desplomó pesadamente sobre la vanguardia del ejército imperial mexicano, aplastando al primer batallón de soldados mecánicos, al secretario de Guerra y al subsecretario Mejía, junto con la plana mayor de oficiales de la armada imperial.

El dirigible estalló en llamas donde el propio Emperador encabezaría a su ejército, frente a una multitud que huía del fuego, despavorida.

La confusión de Maximiliano aumentó cuando escuchó repiquetear su teléfono portátil. Sólo Carlota, el

padre Fischer y Félix de Salm Salm tenían acceso a la línea directa que comunicaba con su aparato. Los tres estaban ahí, junto a él, observando cómo el caos se apoderaba de la ciudad.

Aturdido, Maximiliano contestó.

—Diga.

Era una voz conocida, su tono grave y severo, inconfundible, si bien con cierta reverberación metálica que la hacía sonar artificiosa, mecánica. Inhumana.

—Señor Maximiliano. Nos volvemos a encontrar.

—¿Juárez?

—Hasta yo mismo pensé que jamás volvería a pisar mi suelo, a oler mi tierra. Bueno, no creo volverlo a hacer, no en las condiciones en que me encuentro. Pero he vuelto.

—¡No puede ser! ¡Usted está muerto! ¡Vi las fotos que tomaron mis agentes en Nueva Orleans!

—Mi querido Emperador, perder una batalla no es perder la guerra. Esta vez, los rebeldes llevamos la ventaja. Recuerde que la mala yerba no muere. Sólo se... digitaliza.

—¿De qué habla usted? ¡¿Juárez?! ¡Hable!

La comunicación se había cortado.

Fue el padre Fischer quien llamó la atención de Maximiliano hacia el cielo.

En cada uno de los dirigibles, la imagen del sonriente Emperador se desdibujaba para ser sustituida por el rostro adusto de un indio zapoteca. La frase "1863-1873: Diez años de prosperidad" desapareció para formar las palabras "México para los mexicanos".

Maximiliano pudo escuchar cómo allá abajo, en el Paseo Imperial, la muchedumbre rompió en un aplauso ensordecedor mientras en cada una de las pantallas el rostro de Juárez sonreía, ladino.

(Con el perdón del Conde de Lautréamont.)

LOS MOTIVOS DE LA MEDUSA

GERARDO HORACIO PORCAYO

I

Acababa de dar el salto criogénico.

Una manera de viajar en el tiempo, la más primitiva, la única.

El despertar nunca era agradable. Las náuseas lo persiguieron durante ese estadio de duermevela y ceguera transitoria que caracterizan al restablecimiento de funciones en un cuerpo que ha estado sometido a hibernación por largos periodos. Supo de inmediato que seguía metido en esa pequeña cámara, tan semejante a un ataúd. No obstante el malestar físico, la inquietud lo asaltaba: sentía gran apremio por abrir los ojos y recorrer los nuevos paisajes que el mundo y la humanidad se habían encargado de crear; necesitaba, también, escuchar la tranquilizadora voz de un compañero, de una persona a quien pudiera cuestionar sobre los acontecimientos ocurridos durante su larga ausencia del mundo consciente. Muy a su pesar, reconoció que el intento hubiera sido inútil: el caos, la desorientación y varias y extensas lagunas —increíble que a estas alturas la tecnología no hubiera logrado compensar esa deficiencia en las cámaras criogénicas, pensó— poblaban su cerebro, impidiendo la secuencia lógica e ideal de sus procesos mentales.

No supo cuánto tiempo pasó en recuperación: su reloj orgánico, al igual que otras funciones fisiológicas, tardaron en readaptarse al curso ordinario, al periodo oscilatorio de ese péndulo cósmico que rige la vida de la humanidad. Un pensamiento invadió su mente, alegrándolo: hice trampa.

Y tenía razón.

II

En algún momento había aparecido a su lado. Su mente lo registró de manera tangencial, casi aislada. Breves esbozos en la conciencia: manos frías, jeringas, pastillas y el pelo. Era eso lo que más había llamado su atención desde el primer momento. Ahora sabía el por qué y aun así seguía impresionándolo.

Otra imagen grabada y persistente: la sensación de que una anciana lo orbitaba, observándolo, renqueando. También para esto había explicación.

Ella era robot.

No podía ser de otra manera, se requería exactitud y eficiencia para llevar a cabo la deshibernación.

El reconocer en su enfermera a una robot no constituía una respuesta suficiente.

No hizo preguntas. Observó, dejando que poco a poco ese mar de sorpresas, que se insinuaba allá afuera, permeara su coraza de seguridad y autocontrol, llenándolo paulatinamente de un miedo cerval.

La robot cojeaba. Su superficie metálica, antes —se podía ver a leguas— pulimentada, se cubría ahora de manchas de sarro y óxido en aquellas partes a las que su

anatomía le impedía acceder para llevar a cabo su tarea de autohigiene.

Autohigiene: eso decía mucho, casi lo explicaba todo.

Automantenimiento, era otra palabra clave.

Auto, el solo prefijo hacía que el miedo tomara tintes de pesadilla.

Los servicios criogénicos siempre habían sido costosos, el hecho de que lo estuviera atendiendo una robot deteriorada hablaba del horror que debía habitar el exterior.

Los efectos remanentes de la hibernación impidieron que el pánico lo subyugara.

Tal vez sea el único ser vivo en todo el mundo, pensó. El fatalismo siempre había sido una característica de su perfil psicológico. Dejó que la frase recorriera los laberintos que las circunvoluciones del cerebro moldeaban en su mente.

Así, abstraído, supo por qué el pelo de la robot le había intrigado tanto: no tenía en lo absoluto propósitos estéticos. Lejos de ser delgadas hebras sedosas, estaba constituido por una especie de cables de unos tres octavos de pulgada de diámetro, brillantes, metálicos al igual que el resto de su cuerpo; cada uno poseía varias articulaciones que permitían movimientos propios, necesarios para la conexión a las terminales del sistema de la cámara. Los cabellos no eran sino apéndices para controlar el sistema operativo y computacional del complejo.

Medusa, pensó. El nombre surgió instantáneo, automático, provocado por la imagen de aquellas cerdas

que como serpientes se movían en medio de paneles, switches y clavijas.

—Medusa —dijo ahora en voz alta, notando cómo su voz se articulaba trabajosamente, con tonalidades discordantes debido a la falta de práctica.

—María, ése es mi nombre —corrigió la robot, girando la cabeza hacia él, dejando de agitar, en el proceso, aquel manojo de serpientes. Caminó hacia él tendiéndole la mano.

Dudó unos segundos en estrechar aquella extremidad metálica, luego decidió que era lo único viable.

—Me alegra corroborar que su mente sigue funcionando tan bien como su organismo —dijo la robot y aunque él sabía que era imposible, le pareció distinguir una sonrisa en esos labios carentes de músculos, labios metálicos...

III

Nunca pensó que su compañía le llegara a ser tan necesaria, tan indispensable.

A veces añoraba su voz, su plática corta, que podía resumirse en dos palabras: "cuénteme algo". Sabía por qué lo hacía, por qué escuchaba aquellos relatos sobre una época anterior a la suya, sobre acontecimientos ajenos a su interés, a ese programa que le hacía parecer sensitiva.

No importaba. Los relatos eran una manera de hacer que utilizara la memoria. Ejercitar: era lo que ella le pedía diariamente. Ejercitar la memoria, la voz, las piernas —tuvo que reaprender a caminar—, las manos... Su cuerpo en general.

Recuperar la destreza en manejar su cuerpo le llevó dos semanas y media, tiempo en que permaneció recluido en el complejo de criogenia, soportando la incertidumbre de lo acontecido al mundo externo, a su mundo.

María se negaba a dar una respuesta concreta:

—Tiene que averiguarlo por sí mismo —decía.

Tampoco había archivos, vídeos o revistas que contestaran sus preguntas.

Estaba solo, abandonado a sus medios. La música hubiera sido un atenuante, pero incluso eso se le negó. No del todo: logró encontrar una grabación de música clásica. Bach llenó sus horas vacías: *Aire en la cuerda de sol* sonó una y otra vez curando con tristeza, la tristeza misma.

Recorrió los pasillos, se aventuró por conductos de ventilación, descifrando sus laberintos y leyó un libro que irónicamente hablaba sobre el fin del mundo.

La decimoctava noche, María apareció con ropas militares bajo el brazo, un casco, un arnés de fuerza, mochila y cantimploras.

—Mañana visitará el exterior —le dijo.

El tomó los objetos con inquietud, casi con desesperación; se probó las ropas, el casco; le pidió a María que le enseñara a utilizar el arnés. Parecía un niño con juguete nuevo.

María supo que esa noche no dormiría.

IV

Eran las cinco de la madrugada cuando, finalmente, las puertas del complejo criogénico se abrieron.

La mañana estaba aún a oscuras. Levantó la vista y empezó a buscar las nuevas formas que las constelaciones presentarían tras esos largos años de ausencia. Nada, el cielo estaba nublado.

Al parecer el complejo se hallaba en las afueras de la ciudad. María lo urgió para que abordaran el transporte: un Jeep muy parecido al de su época.

Se dejó guiar sin hacer preguntas. La oscuridad reinante le impedía analizar los contornos. Los alrededores eran sombras informes, esbozos de un mundo que insistía en insinuarse, sin presentar de lleno su cara. Los faros del automóvil eran la pauta, iba conociendo sólo lo que aquellos haces le mostraban: una carretera vieja, erosionada, cubierta a ratos por grandes capas de tierra. A lo lejos, los montes y el cielo que no parecía dispuesto a volver a alojar en su seno al sol.

La aurora llegó lenta, aletargada, impidiéndole un reconocimiento rápido. Las sombras se fueron concretando. Un trozo de cerro resaltó, transformándose en la silueta de una ciudad. Se alegró, iban en esa dirección. El entusiasmo le duró poco: en los capiteles, en las puntas de lo que creyó rascacielos encontró las ruinas de una ciudad vieja, muerta por el tiempo. Nada catastrófico, nada como los estragos de la bomba atómica o como las ruinas de una ciudad sitiada. El tiempo, sólo el tiempo y su devastación: estaba visitando los últimos vestigios de su cultura, asistiendo a la muerte de la humanidad.

En lo que debió haber sido la avenida principal, se bajó con el Jeep aún en marcha. Rodó por la arena, sin importarle los magullones. Dio vueltas, tratando de

reconocer las calles, los edificios, los lugares acostumbrados; sólo tras encontrar aquella estatua de bronce, donde aún se reconocían los rasgos de Zapata, cedió a aquel sentimiento de derrota que había adquirido tras distinguir la ciudad. Sólo hasta entonces se dejó caer sobre sus rodillas y lloró.

V

Tardó tres días en superar el *shock*, tres días en los que asumió un enclaustramiento voluntario, en los que miles de veces tuvo que reprimir un grito, un reclamo a María, reprimir aquel por qué, sabiendo de antemano la respuesta de María y ahora su razón.

El cuarto día decidió intentarlo nuevamente.

Salieron a las diez de la mañana. El día lucía gris, como si estuviera nublado. El yerno, extrañamente, presentaba la misma coloración. Alzó la vista y descubrió la causa.

—El sol está muriendo —comentó sorprendido.

—Como todo —dijo María mirando hacia la misma dirección.

La ciudad seguía tan triste y solitaria como la primera vez que la visitara. Las corrientes de aire levantaban extensos nubarrones de polvo por esas calles derruidas, haciendo sonar aquellas ventanas que aún conservaban vestigios de vidrio.

Poco a poco se fueron adentrando al complejo industrial que presentaba un matiz nuevo: el rojo de la

herrumbre cubriendo el gris del concreto. Tuberías carcomidas, naves industriales muertas y robots, cientos de robots, tirados, desmembrados, podridos por el óxido...

—Es la única zona de la ciudad que aún tiene vida —dijo María.

—¿Vida?

—Vida robótica —respondió María; a él nuevamente le pareció distinguir una sonrisa en esos, sus labios metálicos.

—Me alegra verlo caminando, verlo vivo. Hace mucho que lo esperábamos —dijo una torre vigía en la Nucleoeléctrica. Él la miró largamente, estaban recorriendo los pasillos, nunca esperó que esa especie de tótem le hablase.

—Yo también esperaba.

—Sí, ha esperado mucho este momento, aunque en realidad no creo que sea de su agrado —el tótem-robot sonrió.

Así es que pueden sonreír pensó.

—No, ciertamente no me imaginaba un futuro como éste.

—Y espere a conocer lo que real...

—Vigilante —regañó María.

—Lobo, María, recuerda que soy Lobo.

—Así es que no sólo parecen efigies totémicas, sino que incluso tienen nombres *ad hoc*.

—Somos las columnas que sostienen a la tribu —intervino otra torre que estaba situada más a la izquierda.

—¿Cuál tribu? —preguntó él.

—Tigre quiso decir al mundo —corrigió Lobo.

—¿Qué mundo? —volvió a preguntar él.

—Éste —dijo un androide al que le faltaban ambas piernas y a quien parecía costarle mucho trabajo participar en la plática. Estaba recargado en Tigre, como única medida para permanecer erguido.

—Pues ciertamente no han hecho un trabajo muy bueno —dijo él, un poco harto por tanta cháchara robótica.

—Hemos cumplido con nuestro objetivo —intervino María, un poco molesta, luego renqueó hacia el androide que estaba recargado en Tigre.

—Sí —agregó Lobo— nuestras columnas lograron mantener vivo al mundo, Adán.

Él sonrió halagado.

—Adán —dijo él, soñador. Hace mucho que nadie me llamaba por mi nombre.

—Y hace mucho que todos trabajamos para usted —dijo María, mientras reacomodaba al androide minusválido. Hefesto tuvo que donarme sus piernas para que pudiera seguir atendiéndolo.

—María —dijo Lobo, asumiendo ahora la tarea correctiva.

—Está bien, déjala, me doy cuenta de lo que han tenido que hacer por mí.

—¿Han tenido? —pregunto Tigre con ironía.

Adán miró al grupo con extrañeza.

VI

Volvió varias veces a la ciudad. Buscaba su antigua casa y una fecha. Desde el inicio, María se negó a informarle

cuánto tiempo había permanecido en hibernación: Me heredaron la tarea, yo no estuve desde el principio, decía por toda respuesta. Era en esos momentos cuando llegaba a odiarla, cuando la imagen de Medusa surgía otra vez y le apetecía volverse Perseo para acabar con su maldita forma de evasión.

La robotfobia surgía muy esporádicamente. De hecho, Adán se había vuelto aficionado a las charlas robóticas. Solía recorrer el cadáver de esa ciudad, deteniéndose ante cada uno de los robots que aún presentaban señales de vida. Robots maltrechos, esqueletos metálicos que hablaban incoherencias o sostenían discusiones religiosas, citando los más diversos libros sagrados, algunos totalmente desconocidos para Adán, a quien le costaba trabajo participar en aquellas extrañas tertulias.

Existían casos de robots realmente desahuciados: unos debido a lo bajo de su carga energética, otros gracias al simple desgaste. María siempre lo acompañaba y a veces tenían que desconectar a más de un robot cuyo delirio y sufrimiento —así era como ella lo llamaba— parecían ya insoportables.

Para Adán resultaba extraño que no se buscara solucionar los casos en que sólo hacía falta la energía, el material radioactivo para reactivar a aquellos seres sintéticos. Muchas veces había intentado discutir sobre ello con María pero ésta sólo esbozaba una sonrisa —finalmente había aceptado la imagen de un robot sonriendo— y contestaba: los isótopos están agotados y de todos modos esos robots ya han dejado de ser útiles. Nunca replicó, sabía que era inútil con ella.

Fue un viernes, a tres meses de haber sido deshi-bernado, cuando encontró su casa. Derruida como las demás, sin embargo había una diferencia, el sótano estaba intacto. Lo revisó de arriba abajo, hasta que encontró un gigantesco robot. Era una variante de los robots tótem, de modelo —según parecía— más viejo. Tardó dos horas en reactivarlo, por primera vez María lo había dejado hacer una inspección solo. “Justo cuando la necesito no está”, pensó en el momento en que ya creía imposible resucitar a ese armatoste. Extrañamente su carga aún era funcional, simplemente estaba desconectado.

—Buenas tardes señor Adán —dijo el viejo robot tras muchos intentos de articular las palabras. Llegué a pensar que no lo vería nunca. Ha cambiado. Adán se mesó la barba y prefirió no decir nada.

—Apuesto que fue más tiempo del que usted esperaba dormir.

—¿Cuánto fue exactamente... Robot...?

—Jaime, si fuera tan amable. Estoy muy orgulloso de mi nombre, ya es legendario en un oficio como el mío.

—Está bien, Jaime ¿cuánto tiempo exactamente dormí?

Jaime pareció ensimismarse en un cálculo complicado. Dios mío, pensó Adán, cada vez me parecen más humanos.

—No sabría decirle, mi señor. He tratado de contactar con la red informativa, pero parece muerta.

—¿No llevabas un conteo?

—Así es señor, sin embargo no sé cuánto tiempo he permanecido desconectado.

—Bueno, ¿cuánto tiempo había pasado antes de esa desconexión?

—A mí me desconectaron en el año 3050 D.E.

—¡Diez siglos y medio!, pensó Adán alarmado. Claro que antes de la emigración, usted ya era toda una leyenda y no sabría calcu...

—¿Emigración? De qué diablos hablas, Jaime.

—De la emigración estelar, por supuesto señor. Cuando me apagaron habían transcurrido 3050 años desde que la raza humana abandonó su planeta natal.

—¡Malditos! —exclamó Adán—, me abandonaron... —la garganta se le cerró en parte por la furia y en parte por las ganas de llorar.

—¿De qué habla, señor?, es obvio que nosotros también dejamos la tierra. ¿Es que no se lo habían dicho, no lo había notado?

Adán negó con la cabeza.

—Pero usted debió notarlo, la gravedad no es la misma.

—He olvidado cómo se siente la gravedad terrestre, además esta ciudad...

—Para hacer una ciudad sólo hace falta dinero y usted lo tenía. Con respecto a la gravedad, supongo que tiene razón, simplemente lo olvidó.

—¿En dónde estamos, Jaime?

El robot pareció abstraerse y luego alzar unos hombros que no tenía.

—En alguna parte del Universo, supongo. Adán lo miró con rabia.

VII

Los siguientes días fueron delirio pleno.

Peleó constantemente con María sin lograr sacarle otra cosa que: "Estaba cumpliendo con mi misión, simplemente hago lo que es mejor para usted".

Jaime no pudo proporcionar más datos.

Recorrió la ciudad industrial, preguntando a cada uno de los robots que aún parecían conservar lucidez. La respuesta que invariablemente daban era: "Los designios del señor son inescrutables".

Buscó en otras partes.

—Pero mi dinero no alcanzaba para tanto tiempo de hibernación —comentó una tarde a Lobo—, ¿cómo es posible que haya ocurrido esto?

—Antes de salir llamó a sus diez ciervos —empezó el robot-tótem a citar—, entregó a cada uno de ellos una moneda de mucho valor y les dijo: "Hagan negocio con este dinero hasta que yo vuelva..."

—¿No crees que estás cometiendo sacrilegio? —intervino Adán, sin que por ello Lobo detuviera su cita bíblica—. Los tótems son de religiones politeístas, no cristianos.

—...ya tiene diez monedas —continuó Lobo—. El Rey contestó: "Pues les digo que al que tiene se le dará más, pero al que no tiene se le quitará hasta lo poco que tiene..."

Todas las conversaciones que sostenía parecían tener el mismo cariz: un interés desinteresado, los robots se ponían a citar con desesperación, sin importarles si Adán los escuchaba o no.

Hefesto constituyó la única salida posible:

—Ayudé a Cadmo a mantener esta ciudad, tal vez él pueda orientarlo.

La búsqueda de los restos de Cadmo —sólo se conservaba su cabeza— llevó cerca de quince días. Revivirlo, otros tres.

—Así que finalmente ha despertado —dijo Cadmo mirando con fijeza a Adán.

—Así es.

—Y supongo que necesita informes —Adán asintió—. Bueno, como todos los demás, tengo órdenes que cumplir y lo único que puedo decirle es que busque en los horizontes, ahí está la clave.

Cadmo vivió sólo tres días más. No pudo ver la reconstrucción de aquel aeroplano, ni cómo Adán se apoderaba de la carga energética de los robots moribundos con desesperación. Costó gran esfuerzo hacer que el avión volara. María trató de disuadirlo de instalar armas en la nave. No pudo.

Salieron muy de madrugada. Adán hizo que María sobrevolara la ciudad, luego se dirigieron hacia el oriente. El viaje era monótono, el mismo yermo gris de siempre, los montes a la misma distancia, sin avanzar ni retroceder. De pronto, en lo que pareció una distracción, las cosas cambiaron. Los cerros quedaron a su espalda y la ciudad frente a ellos. Intentó innumerables veces atravesar la barrera obteniendo siempre el mismo resultado: el avión cambiaba de dirección instantáneamente, desorientándolos. Desistió cuando María le dijo que el combustible se estaba terminando. Llegaron por el extremo opuesto de la ciudad, por el poniente.

—¿Qué fue lo que sucedió? —preguntó Adán, totalmente confundido.

—No lo sé —dijo María, sin ninguna inflexión en la voz, ocupada en la maniobra de aterrizaje.

VIII

Tras el fracaso aéreo, optó por intentar atravesar la barrera con el Jeep. Los resultados fueron los mismos: a veinte kilómetros a la redonda, en cualquier punto de la barrera que intentara ser penetrada, el Jeep o el objeto barrenador era instantáneamente teletransportado —no había otra explicación— a un punto diametralmente opuesto.

Adán usó un láser que desapareció al chocar con el muro invisible y surgió exactamente al otro extremo del mismo, quemando en su trayectoria el tronco de una datilera seca.

Intentó, también, traspasar el cenit de aquella celda, con resultados semejantes: el avión apareció a ras del suelo, rumbo a la ciudad, alejándose, siempre alejándose de la barrera.

Esa tarde, luego del susto de, en un momento hallarse suspendidos a veinte kilómetros del suelo, para en un parpadeo encontrarse a pocos centímetros de aquellas arenas grisáceas, Adán decidió darse un respiro. Visitó la zona industrial. La asamblea estaba en pleno.

Alguien había juntado a todos los robots mentalmente sanos y los había agrupado en un amplio círculo. Hefesto estaba presidiéndola.

—...lento y está a punto de alcanzarnos, tendríamos que hacer algo —alcanzó a escuchar que decía un robot cuyo tórax estaba completamente picado por el óxido.

Varios ojos incandescieron en rojo, pidiendo de esta forma la palabra. Hefesto designó a uno que estaba casi al frente.

—Opino de la misma manera. El programa de secuencia evasiva está llegando a su límite, casi no queda espacio...

—Dios no juega a los dados con el Universo... —alcanzó a decir otro sin pedir la palabra, al tiempo que muchos lo imitaban, creando un caos.

—Todo se debe a que no tomaron en cuenta todas las decimales de Pi.

—...y deberían saber que para una evasión infinita hace falta un programa infinito y por ende la memoria ro...

—...delante de Dios; y fueron abiertos los libros, y también otro libro, que es el libro...

—...lo que pasa es que hay un choque entre la primera y la segunda ley. Así...

—...que se canta delante del trono, en presencia de los cuatro vivientes y de los veinticuatro ancianos...

—...desde el siglo veinte ya se hablaba del principio de indeterminación que hubiera hecho posi...

—Destruiré la sabiduría de los sabios y haré a un lado el entendimiento de los entendidos —declamó el robot que había hablado de Dios y su cubilete.

Momentáneamente se extendió un silencio profundo, para luego estallar en un caos mayor. Hefesto se esforzó por imponer el orden sin lograrlo; en la dis-

cusión se usaban indistintamente citas de *La Biblia*, de Einstein, de filosofías múltiples, de textos científicos y autores totalmente desconocidos para Adán. Reconoció algunos textos del *Corán*, del *Bhagavad Gita* o referencias a libros como el *Necronomicón* y *La vera historia de los volcanes de la Nueva España...*

El texto más empleado fue el Apocalipsis de San Juan.

Aun cuando aquella batalla dialéctica se libraba a velocidad de computadora, Adán trató de seguir las secuencias lógicas resultantes de combatir una cita bíblica con el coeficiente de disipación de energía, perdiéndose en un meandro de difícil acceso, la cabeza le empezó a doler y por unos minutos decidió olvidar aquel debate, pero el robot que estaba a su lado comenzó a recitar una oración en su oído: El credo se dijo casi instantáneamente, escuchando: "...creador del Cielo y de la Tierra". Continuó él mismo la letanía. Se detuvo al percatarse de que el robot no oraba más.

—¿Ha comprendido? —pregunto el robot rezadero.

—¿Comprender qué?

—Tal vez lo juzgué mal, quizás ellos tengan razón —dijo señalando a sus compañeros.

—¿Razón en qué?

—En que su coeficiente de inteligencia es tan bajo que no hay por qué preocuparse si en medio de una discusión que podría darle todas las claves, aparece usted. Cielo y Tierra, Génesis y Apocalipsis, Principio y Fin, ¿entiende?

—¿Los horizontes, la realidad, el fin del Universo?

—preguntó Adán, dándose cuenta en ese momento de

que la discusión había terminado, que toda la asamblea los miraba. El robot rezandero hizo una mueca de disgusto e inmediatamente después se desconectó.

Las miradas robóticas eran pesadas, espesas. Huyó, aun cuando la rabia y la duda lo atormentaban.

IX

Hizo una amalgama con su frustración, su rabia, su desesperación y su impotencia y con todo ello atacó a María.

Ella no protestó, no se quejó, mucho menos pidió perdón, sólo dijo: "Estaba cumpliendo con mi deber".

Finalmente las cosas se habían aclarado. Tras los reclamos, María lo llevó al sótano de su antigua casa, abrió un costado de Jaime —que en realidad era uno de los principales robots tótem— y penetrando por ese hueco lo condujo a lo que, en un momento, creyó eran los subterráneos de la ciudad, allí hizo nuevamente su *show* Medusa, manipulando aquellos gigantescos paneles, controlando algún mecanismo incomprensible; luego lo guió en un elevador hasta la superficie: estaban del otro lado de la barrera. Vio momentáneamente la ciudad, pero no se detuvo, siguió a María a través de largos corredores hasta una estancia. Lo que vio allí confirmó sus sospechas.

—Estamos en una nave espacial —dijo Adán.

—Sí, y usted es el último superviviente de cualquier raza conocida. Durmió hasta el final de los tiempos. Sus hijos trataron de salvarle de esa muerte que tanto temía. Construyeron esta nave y nos dieron instrucciones de alargar el fin todo el tiempo que pudiéramos. El Universo

está agonizando. La nave lleva un programa que elude las zonas de destrucción, la invasión de la nada. Ahora estamos acorralados, pronto nos alcanzará. Se suponía que usted debía descubrir por sus propios medios lo que estaba sucediendo: la ciudad en ruinas, el sol muriendo, la falta de material radioactivo, todo ello, eran formas de sugerirle lo que ocurría, pero el proceso destructivo se aceleró, por eso tuvimos que emplear las discusiones, los diálogos robóticos. La última intervención no estaba planeada, surgió por desesperación.

—¿Desesperación robótica?

—De alguna manera todos buscamos alcanzar el cielo, la gloria, como quiera llamarle. Ese último robot no quería desaparecer sin antes cumplir con su misión, ninguno de nosotros lo deseaba, por eso tuvimos que improvisar en los últimos días.

Durante la plática Adán se había acercado al ojo de buey, desde allí admiraba el oscuro espacio sin estrellas.

—¿Cómo es el fin? ¿Cómo es la destrucción?

—Simplemente desaparecen las cosas, se las traga la nada. Es un proceso inverso al del Génesis...

Adán miró largamente a ese fondo negro, carente de horizontes. Por un momento se imaginó la invasión de la nada, la imaginó vívidamente: la ausencia de percepciones, la pérdida de la memoria, la desaparición de todo... Quiso llorar por los años que había perdido tratando de ganarle al tiempo, tratando de no morir. Vio su figura reflejada en la ventanilla: un viejo decrepito de barba larga y totalmente blanca.

—Me hubiera gustado que fueras Eva y que esto fuera el principio —dijo Adán y dejó que las lágrimas

inundaran sus ojos y empañaran la visión de aquel océano de tinieblas. Sintiendo el pesar de la cercana desaparición, tomó la mano de la robot y pensó: Sí, todos buscamos alguna clase de cielo.

Afuera la negrura siguió imperturbable, aguardando su fin.

YA NO HAY DECENCIA

IRVING ROFFE

Que no les cuenten que no duele, o que es instantáneo. A mí me consta que no.

Eso de que no duele... ¿Alguna vez se han dado un martillazo, de esos buenos, de los que les despanzurra el dedo y se les cae la uña? Ahora imaginenselo en la base del cráneo. Sólo que más fuerte: el golpe lo lanza a uno de boca al suelo. No se ven estrellas. Se ve una sola, enorme y muy brillante. Deslumbra tanto que ya no se vuelve a ver claro.

Y eso de que es instantáneo... Sí y no. Si el trabajo está bien hecho, todo es cuestión de un par de minutos. El problema es que sí es cierto que uno ve pasar toda su vida, y eso se hace eterno. Lo vivido transcurre como una película en cámara enloquecidamente rápida, desde el primer recuerdo hasta el último, pero no pasan en orden: saltan de aquí para allá. Si cuando la película termina uno sigue vivo, entonces vuelve a empezar. Yo la vi tres veces. Aunque pasa rapidísimo, uno capta cada detalle: en mi primer recuerdo, que es el de los rayos del sol filtrándose a través de mis pestañas, pude ver el color de los barrotes de mi cuna, y me llegó un olor a leche y a ropa puesta a secar, y al pasarme la lengua por el labio sentí una ampolla. Y luego pude contar cada peca

en la espalda de Livia, y sentí en la lengua el sabor de cada uno de sus poros. La extrañé muchísimo. Sentí los ojos muy abiertos, y todo se hizo cada vez más borroso, y me corrió por el pelo una marea viscosa y espesa, que avanzó hasta gotearme entre el cuello y la barbilla. Al entrar al zaguán de casa de mi abuelo, que siempre estaba oscuro, me llegó otra vez ese olor a viejo y a húmedo pero que por alguna razón siempre era agradable.

Oí claramente la voz del jefe: "No la voy a cagar esta vez", y vi en sus anteojos de espejo un taxi rojo pasándose un alto. "¿Para qué me lo dices, si ya sabes que no la voy a cagar?", le contesté, un poco ofendido.

Unos tacos. Muy grasosos, pero muy ricos. Me quedaba aceite en las yemas de los dedos, el que se había filtrado por el papel estraza. Pero ya no era aceite de los tacos, sino del que uso para limpiar la Uzi. Y luego pasarle un trapo con gasolina para quitar el aceite, y luego un trapo bien seco para quitar la gasolina. Y quedaba hecha una muñeca, con su interior resbalando suavemente y esperando a quedar caliente.

Los tacos estaban calientes. El *Chelas* tomándose una cerveza detrás de la otra, hablando sin parar y riéndose de sus propios chistes. Ya comenzaba a ser pesado, cuando se puso muy serio, casi triste, y dijo: "La vida es igual a la muerte, sólo que al revés". Y ya no me pareció tan pesado.

Y yo pensando: "No, esta vez no la voy a cagar. Ahora va a ser a propósito".

Y el maestro aplaudiendo para quitarse el gis de las manos. "Usted no es malo, pero le encanta pasarse

de listo. Tiene que aprender a no pasarse de nada. Lo castigo para que aprenda. Si sigue así, quién sabe qué podría pasarle”.

Todos quisieron enderezarme. Nadie pudo. Estoy orgulloso de eso. Y eso que me pasó lo que quién sabe qué podría pasarme.

Me escurre saliva de la boca, y sabe a sangre. Gotea hasta el pavimento, que está muy caliente. Puedo oír cómo la baba hierve.

El *Chelas* siempre se pone extraño después de una chamba. Se ríe, se pone serio, no para de hablar, no dice nada, de pronto así, de pronto asá, a veces todo al mismo tiempo. Y se pone filósofo. Me había dicho: “Te toca a ti”. “¿Y por qué a mí?” “Porque yo digo”. “Me vale madres, hazlo tú”. “¿Y ahora te andas con remordimientos? Míralo, no es más que un judicial”. Sí, yo soy de los que se andan con remordimientos, pero efectivamente, no era más que un judicial.

El *Chelas* notó que me ablandaba: “Órale, termina y vámonos. Ya tengo hambre”. Yo no, pero quería ver a Livia por la noche. Así que lo hice rápido. A mí no me gusta alargar esto. Además, no me pagan por hacerlo. Hay otros que sí les gusta, y les pagan muy bien. Le agarré la barbilla al judicial y recargué su cabeza contra mi pecho. No le quité ni la venda ni la mordaza. Le dije: “Ni modo, todo por servir se acaba”, y le disparé debajo del oído.

Pasan días, semanas y meses. O milésimas de segundo. Ya no sé. Como hace ya un rato que dejé de respirar, ya perdí la noción del tiempo. Eso que llaman

“tiempo” ya está dejando de correr. Además de borroso, todo se está oscureciendo, hasta el sol que me da en plena cara.

El jefe gasta mucho en lentes de espejo y en ron. Los mejores rones y siempre los jode con Coca-Cola, Tehuacán, limón y no se cuántas chingaderas más. Pero ahora toma vodka, del bueno, tan helado que parece jarabe, y se lo toma sin mezclarlo. El *Chelas* le cuenta el último trabajito y cómo me convenció diciéndome que sólo era un judicial. El jefe me echa esa mirada ladina que nunca me gustó: “¿Ah, sí? ¿Y te sentiste muy cabroncito?” Tampoco me gusta lo que está diciendo. Estamos en una guerra que él empezó. Ya ordenó quién sabe cuántos trabajitos, y ahora resulta que soy yo el que se siente muy cabrón. ¿Y eso de tomar vodka? “¿Y eso de que hay que terminar esta guerra? Es mala para el negocio, y por una mochada con los judiciales podemos ganar mucho más”

No me importó que empezara una guerra nomás para luego terminarla. Así son las guerras. Creo que sólo para eso sirven. Lo que sí me importaba, y mucho, es qué pasaría con nosotros, con los que sólo cumplimos órdenes, que siempre son los que salen jodidos. Y encima, el jefe diciendo algo en voz baja, como para que pensemos si lo oímos bien o no: “Voy a terminar trayendo gente de fuera para que ora sí se hagan bien las cosas”.

El corazón es la parte más terca del cuerpo. Sigue latiendo, nomás porque sí, aunque ya no sirva de nada. Late como borracho, dando dos pasos, cayéndose al tercero, quedándose quieto uno o dos compases, para lue-

go volver a latir, cada vez más lento, como si le costara trabajo dejar una vieja costumbre.

De pronto no volví a ver al *Chelas*. Nadie sabía nada, y el que sí sabía no quería decir nada. Pero yo conozco a estos cabrones, porque soy uno de ellos, y sé cómo soltarles la lengua. Uno me dice: "Olvídate del *Chelas*. Ya sabes lo que pasó, así que ni preguntes. Yo que tú mejor me preocupo de cosas más importantes. Como tu pellejo". "¿Y por qué mi pellejo, pendejo?" "Ya sabes". "No, no sé, por eso te estoy preguntando". "El jefe terminó la guerra. Se va a mochar con los judiciales. Tú estabas ahí cuando lo dijo. Pero ahora los judiciales quieren desquitar desaires. Tú los desairaste. Estás marcado".

Estar marcado es lo mismo que estar muerto. Se puede uno esconder, pero eso nomás es alargar las cosas, porque siempre lo encuentran a uno. Y si no ellos, entonces los enemigos de ellos. Y a mí no me gusta alargar las cosas. Lo único que se puede hacer es atacar. Si el ataque es bueno, ya la libraste. Si no, te jodiste.

Yo sabía dos cosas: una, que al jefe le había dado por tomar vodka del bueno; otra, que algo había dicho de traer gente de fuera. ¿Y para qué quiere gente de fuera? Para hacer bien las cosas, pero... ¿qué cosas? Si se va a mochar con los judiciales, ¿para qué traer a otros con los que también hay que repartir el pastel? O se mocha con los judiciales, o trae más refuerzos. O es uno, o es otro. No hay de otra. Lo que pasa es que quiere confundirnos.

Sí... pero confundirnos a todos. A nosotros y a los judiciales. ¿Y si se está mochando y también está tra-

yendo refuerzos? Apacigua a los judiciales, les promete lana, pero sólo les da un poco. Mientras, trae refuerzos. Tiene que ser gente muy especial. De los que tienen forma de acabar con los tiras por un buen rato. De los que entran al negocio, pero también trayendo sus propios negocios donde necesitan refuerzos. Y les gusta el vodka. Qué listo el jefe: juego doble, con su mirada ladina que nunca me gustó.

Rusos... uno no se mete con ellos.

Ya todo está muy oscuro. No veo nada y no oigo nada. El corazón ya me dio traspiés, y no se ha vuelto a levantar. Sólo quedan aquí y allá unas chispas de vida. Ya sólo quiero juntarlas y quemarlas. Terminar con esto. No quiero volver a ver la película. Son sólo unas cuantas chispas, pero cómo se aferran. Como una brasa que estalla antes de apagarse.

Rusos... uno no se mete con ellos. Esos sí están muy locos. Demasiado Afganistán en la cabeza. Ya se cansaron de cortar cabezas en Internet y ahora quieren emociones más fuertes. Sólo al jefe se le ocurre. Yo con ellos mejor de lejitos. Para el caso mejor tratar con judiciales o con colombianos. Comencé a darles a entender a los tiras que quería hablar con ellos. Sí, los había desairado, pero ya saben de qué soy capaz, y por eso me tienen respeto. Pero una cosa es tenerme respeto, y otra que no sabían qué hacer conmigo.

Y ahí comenzaron con sus "ven mañana...", "el que decide no vino hoy porque está crudo...", "el comandante todavía no sale de su junta..." Ahí es donde entendí que el jefe tenía razón: se necesita gente de fuera para

hacer bien las cosas. Así que me fui a Cancún, pregunté por aquí y por allá, me apersoné con un ruso. Me recibieron luego luego. Les dije toda la verdad. Bueno, no toda. O sí, toda, nomás que al revés.

Que el jefe estaba haciendo doble juego, pero les iba a echar a los judiciales a ellos. Claro que no me iban a creer así nomás, pero ya les había puesto la duda. Que averiguaran. Total, en un doble juego, las cosas se complican tanto que cada quien averigua lo que puede, y piensa y hace lo que quiere. Me acordé del *Chelas*: la verdad es igual a la mentira, sólo que al revés. Le averiguaron las cosas al jefe, sólo que al revés. Lo ajusticiaron por Internet. El video dura dos horas. Para cuando le cortan la cabeza, parece un acto de piedad.

No sé por qué quiero saber quién me hizo el trabajito. En un juego doble todo se complica. Véanme a mí, que me eché encima a tres enemigos. Los sucesores del jefe tienen razones para despacharme muy despacito, así que ellos no fueron. Entonces fueron los tiras o los rusos. Para callarme rápido, o para decir que lo hicieron ellos para quitarle el gusto a los demás. Pensándolo bien... ya no importa.

Ya sólo me queda el último recuerdo: hace un rato, apenas una eternidad, una señora me quiso "redimir". Me habló de dios, o de Dios, o como se escriba. Me dijo que todavía estaba a tiempo de cambiar mi camino, y lo que hubiera hecho en el pasado, hecho estaba, y que dios, o Dios, o como se escriba, me pediría cuentas y haría conmigo sólo lo que es justo. La dejé hablar, sonriéndole muy educado, hasta que se cansó o nada más paró

para respirar. Ahí aproveché para decirle: "Señora, con todo respeto, si existen tipos como los rusos, o como yo, eso quiere decir sólo dos cosas: o que su dios no existe, o que de plano es muy pendejo".

—¿Y este güey de qué se ríe? —preguntó el ejecutor.

LA PEQUEÑA GUERRA

MAURICIO-JOSÉ SCHWARZ

Había formas de burlar la ley, es cierto, especialmente si uno tenía mucho dinero; ellos no lo tenían. También eran útiles las amistades en posiciones elevadas, pero ésa era otra carencia de las muchas que la familia coleccionaba por todas partes. La única solución era la que confrontaban ahora, al escuchar el nombre de su hija por los altavoces del estadio.

La morena y frágil figura de Arianne se dibujó en la entrada de la puerta Maratón. "Qué pequeña es", se lamentó Akira, inseguro del entrenamiento al que había sometido, forzada, a la esbelta niña de diez años que avanzaba ahora hacia el centro de la arena, mientras su nuevo casco azul destellaba al sol, mostrando un penacho de furiosas navajas curvas. Guinnivere, que estaba aún sufriendo espasmos en la garganta, miró a su hija y no pudo evitar imaginarla como tantos niños que había visto desfilar esa mañana. Un sangrante resultado sin brazos, con la cabeza despedazada de un mazazo o con el vientre tajado sin remedio y las infantiles entrañas fluyendo como un temeroso río de lava apenas tibia, Guinnivere se preguntaba una y otra vez si Akira había cumplido como padre.

La niña intentó durante sólo unos segundos hallar los rostros de sus padres entre la multitud que llenaba

ba las gradas; algunos con miedo a perder lo amado, otros con deleite, los más con furia, esperando al vengador que acabara con quien hubiera sido verdugo de sus hijos. El ambiente se caldeaba más a cada momento. Arianne apretó la mano izquierda dentro del guante de cuero negro tachonado de púas para retener su escudo de acrílico. En la mano derecha, la espada que su padre había forjado para ella temblaba a todo lo largo de sus modestos cincuenta centímetros. El mazo redondo de madera, también con púas de duraluminio, colgaba de su mango de cuero, raspándole el muslo. Avanzó frunciendo el ceño, como su padre le había enseñado. Los ayudantes retiraban del campo los últimos cadáveres ensangrentados. El pasto, a esa hora, ya no era uniformemente verde, sino que mostraba una sucesión de manchas ocres y rojizas que lo hacían verse como un obsesivo tablero de ajedrez.

Mientras ella avanzaba, la seguía una fila de niñas de su misma edad, todas igual de asustadas, todas igual de decididas, cuyos nombres escapaban mecánicamente de los altavoces. Jünge había deseado ir con Guinnivere y Akira a ver a su hermana, pero no se lo habían permitido. Ahora, sin embargo, en casa de sus tíos, la veía mejor que sus padres. Un camarógrafo se había interesado por la niña y la enfocaba en una toma que mostraba sus ardientes ojos, casi amarillos, casi verdes, y el suave cabello negro que caía sobre el torso, ocultando y mostrando alternamente los duros pezones que prometían —pronto, si triunfaba— ser la cima de pechos recios y amenazantes. En la pantalla, Arianne frunció

el ceño y apretó las manos. Luego la cámara se abrió para mostrar a todas las participantes de la cuarta ronda eliminatoria. Jünge sintió algo de la grandeza y el miedo que, casi con seguridad, lo esperaban dentro de dos años, cuando ya tuviera diez.

Arianne se perdió como una más de las hormigas en proa. En las cuatro esquinas del campo, los finalistas esperaban, descansando bajo el cuidado de los médicos estatales. A unas palabras de los árbitros se formaron los diez grupos. Sólo faltaba el silbatazo del juez para empezar.

Akira recordaba otra infancia, la suya, cuando aún no era necesario acudir a la arena para decidir quién habría de permanecer. Guinnivere se había salvado por sólo tres meses. Veinte años atrás, los juegos se habían establecido como el mejor sistema de control poblacional, pese a la violenta reacción de las iglesias. Los hijos ilegítimos de los sacerdotes, por ejemplo, fueron de los primeros en caer.

Diez años, hora de la justificación, era el clamor de los organizadores. Arianne se tensó con los pies bien apoyados en el suelo y el cuerpo echado hacia adelante. El escudo a la altura de sus cejas y la pequeña espada se balanceaba con ritmo hipnótico, tratando de amedrentar a su contrincante. Al usar veinte por ciento de su patrimonio para las armas de su hija —como lo marcaba la ley— Akira había insistido en las espinilleras de bronce. Guinnivere ahora se entristeció al ver los desnudos brazos de su hija. ¿Habría sido mejor dejarle las espinillas desprotegidas y comprar un peto o dos cubrebrazos? Guinnivere no pudo responderse. Un silbatazo largo y

premonitorio se abrió paso entre los gritos de los espectadores. La contienda se inició.

Arianne se encontró ante una chica bastante más alta que ella y con mucho mejores armas. En las gradas, Akira se apartó un momento de su preocupación para preguntarse cómo, si la familia de esa niña la armaba tan bien, no había conseguido sobornar a las autoridades. Pero él tampoco tuvo mucho tiempo para reflexionar.

La niña mayor atacó con violencia, estrellando su mazo en el escudo de Arianne, el cual inmediatamente quedó abollado. El entrenamiento de Arianne surtió efecto. Inclínándose, golpeó con la espada los tobillos de la otra niña. A la vista del primer sangrado, todos los espectadores lanzaron un grito, mezcla de satisfacción y espanto. Las contendientes se separaron y la mayor aprovechó para golpear a Arianne con la empuñadura del mazo.

Arianne se tambaleó mientras Guinnivere y Akira se tomaban de las manos, apretando con urgencia. El golpe encendió a Arianne. Utilizando no sólo la espada, sino también el escudo y el casco, se lanzó sobre la chica mayor. Ésta, sorprendida por lo súbito y violento del ataque, alcanzó a desviar un golpe de la espada de Arianne, que en su embestida hizo que las navajas del casco se enterraran profundamente en el pecho de su enemiga. La primera contienda había terminado demasiado rápidamente. Arianne levantó la cabeza después del choque sólo para encontrarse con su adversaria volando hacia el suelo, ya sin control alguno sobre su cuerpo. La tibia y pegajosa sangre de la vencida bajó por el casco de Arianne y le recorrió la cara, provocándole un fuerte acceso de náuseas.

Había ganado. Guinnivere y Akira se pararon a aplaudir sin demasiada convicción. Lo peor todavía estaba por venir. Jünge, fascinado ante la pantalla de televisión, miraba orgulloso la triunfante y tierna figura de su hermana, sin prestar atención a la conversación de sus tíos.

—Yo tampoco estoy de acuerdo con que los niños lo vean —casi gritó Karl, sobresaltando a sus invitados. Pero tenemos que admitir que todos tendrán que enfrentarse a los juegos cuando lleguen a los diez años.

—¿Los juegos siempre han existido, papá? —inquirió el hijo mayor, de unos dieciséis años, quien había perdido el brazo izquierdo en los juegos, tratando de ganarse el derecho a seguir viviendo.

—Ya tienes edad para saberlo —comenzó Karl—. Antes las cosas eran de otro modo. Si los incapaces, los imbéciles, los débiles y los indisciplinados eran eliminados, era luego de un proceso de muchos años, en los cuales se desperdiciaba la educación que les proporcionaba el Estado, los alimentos, el aire mismo. Los juegos nacieron para acelerar este proceso. Ya éramos demasiados en el planeta y era necesario depurar la especie. En realidad, los juegos sólo han existido desde hace veinte años.

Jünge veía ahora un nuevo combate, durante el descanso que el reglamento le permitía a Arianne. Akira y Guinnivere se sintieron momentáneamente aliviados ante el súbito e inesperado triunfo de Arianne en su primer juego. El tío Karl apenas volteó a ver la pantalla de televisión y sonrió con amargura mientras el camarógrafo hacía un desagradable *close-up* de la contendiente muerta.

Arianne caminó hacia uno de los extremos del campo, donde fue atendida de inmediato por los médicos estatales. Apenas alcanzaba a darse cuenta de la magnitud de su acción: había matado para vivir, alimentando su existencia con los desechos de una vida trunca. De reojo alcanzó a mirar cómo los camilleros se encargaban de los restos de su adversaria. No le interesó pensar y se concentró en la atención que el médico le prestaba a su herida. Akira, con una creciente angustia, casi no vio el siguiente combate, aunque alcanzó a apreciar la precisión con la que Arianne ejecutaba los *mawashi geri*, las patadas que tan cuidadosamente le había enseñado, utilizando los pinchos de las espinilleras como eficaces armas.

Arianne se encontró, en esta segunda prueba, ante un muchacho atractivo, de ojos profundos y nervudo. Sin duda era un chico capaz de llegar a amar muy intensamente si se le daba la oportunidad. Ella no pudo siquiera permitirse el leve disfrute que le podía proporcionar su infantil sexualidad. La atracción por el enemigo duró apenas un instante. Después atacó furiosamente. El hacha del niño apenas logró rozar su frente en la primera escaramuza. El espectáculo de su sangre sobre sus ojos la transfiguró. Hizo una serie de amagos muy complicados, mezclando diversas técnicas de lucha con espada, que culminaron cuando cortó la tierna carne del cuello del muchacho. El moribundo abrió los ojos con un dejo de ternura, sin atreverse a responder el golpe. Quedó para siempre con los ojos abiertos mientras ella lo miraba y acariciaba la ensangrentada hoja de su espada. Ya estaban todos cenando en casa de Karl cuando Jün-

ge, corriendo sin despegar los ojos del televisor, empezó a gritar triunfalmente ante la imagen de su hermana, vencedora por segunda vez.

Karl se volvió a verlo sin alcanzar a entusiasmarse, mirando luego con un estremecimiento a sus tres hijos. Uno participaría en los juegos del año siguiente. La esposa de Karl no hizo más que cerrar los ojos. Nuevamente Arianne se vio en las manos de los médicos estatales para recibir atención. Dejó pasar el tiempo reglamentario de descanso con una cólera que no estaba dirigida a sus enemigos en los juegos, sino que buscaba morder las gargantas de sus padres, de los juegos y de los espectadores capaces de entusiasmarse ante la muerte de un muchacho como el que ella acababa de destruir. Akira forzó la vista, tratando de dirigirla hacia Arianne, hacia esa niña, esa hija suya que de modo absurdo había cometido ya dos asesinatos pero que, al fin y al cabo, se veía totalmente indefensa tras el complejo armamento que él le había diseñado.

Guinnivere no veía el armamento ni la sangre ni la muerte, ni siquiera la justicia o la injusticia. Se limitaba a mirar a su niña, temerosa y más merecedora de juegos que de carnicerías organizadas. Jünge descifraba otros combates mientras le volvía a tocar el turno a su hermana. Imaginaba la maravilla de poder ser un destructor, cortando cuellos, aplastando cabezas, señor de vidas y temible maestro de la lucha. Miraba alegremente a los triunfadores sintiéndose parte de ellos sin imaginar siquiera que él podría ser más fácilmente una de las víctimas sangrientas que se reproducían en las camillas,

destinadas a la fosa común. A sus ocho años de edad no alcanzaba a comprender el verdadero significado de la sangre ni la magnitud del dolor que se causaban los combatientes en la lucha. Esto era una fiesta, un acontecimiento singular que se llevaba a cabo en todas las arenas un solo día al año, antes de la entrada del invierno. Desde muy temprano en la mañana se empezaban a tomar las decisiones. Al atardecer, los triunfadores podían seguir su camino, confiados en su educación, en el amor, en la seguridad.

Los vencidos no tenían ya nada de qué preocuparse. Akira pudo darse cuenta de que las dos heridas que había sufrido su hija, una en la cara y otra en la cabeza, no eran graves pero le podían traer problemas. La breve figura de Arianne aún debía vencer en tres combates más para justificar su derecho a la vida.

Guinnivere se volvió a ver a su marido, buscando que la tranquilizara, pero lo único que encontró fue una fría máscara inexpresiva que destacaba sus rasgos orientales. Por un instante, Akira pareció el ominoso protagonista de una obra de teatro. Abajo, en el ensangrentado escenario, los árbitros llamaban a los contendientes para el siguiente combate.

El tío Karl había tratado durante muchos años de insensibilizarse ante los juegos. Había luchado por su existencia cuando joven, pero la muerte de su primer hijo y el extraño triunfo del segundo —una terrible lucha que había vencido cuando ya estaba en el suelo y sin un brazo— le habían dejado un hueco, una zona del cerebro totalmente anestesiada. Ni siquiera quería pensar

que aún tenía otro hijo a quien entrenar y acompañar al campo de la muerte. Sin embargo, al ver ahora que su sobrina Arianne dejaba de ser una niña para transformarse en asesina, sintió unas incómodas ganas de llorar. Una cámara de televisión enfocaba ahora a una chica incluso más pequeña que Arianne. La niña blandía con inseguridad una espada casi de juguete. Era la tercera contendiente de Arianne.

La pequeña guerrera, hija de Akira y Guinnivere, experimentó una mezcla de superioridad y asombro ante su adversaria, que no parecía tener aún la edad de la justificación. Su escudo se veía endeble y pobre, pero la pequeña espada que llevaba estaba mellada y cubierta de sangre por los anteriores combates.

El silbatazo.

La lucha se inició cuando la más pequeña arremetió contra Arianne, tratando de acortar la distancia mientras tiraba hábiles mandobles. La diferencia de estaturas hizo de pronto especialmente útiles las espinilleras de Arianne. Se separaron sin hacerse daño y Arianne aprovechó un descuido de su contrincante para golpearla con el escudo. La niña pequeña recibió el golpe de lleno y perdió el equilibrio cayendo a tierra. Pateando con toda su fuerza, Arianne le arrancó el escudo de la mano y descubrió con sorpresa que prácticamente la tenía a su merced. Levantó la espada a dos manos, como un cuchillo ritual de sacrificio, y se preparó para clavarla en el pecho de su enemiga. Los espectadores de esa parte del campo jadearon expectantes. Akira y Guinnivere se tomaron las manos con fuerza de nuevo.

La espada de Arianne tembló y en ese momento vio los ojos de la niña caída. Durante un año su padre la había entrenado eficazmente para la destrucción y la cólera contenida y cuidadosamente canalizada hacia la lucha. No estaba preparada para la expresión suplicante y resignada de los ojos de la pequeña. Titubeó un instante más de lo debido. Su contrincante rodó con desesperación, atrapando los tobillos de Arianne entre sus piernas y haciéndola caer mientras al mismo tiempo levantaba su pequeña arma. Arianne se precipitó hacia adelante. Su espada se clavó inútilmente en el suelo y su cuerpo siguió cayendo, girando hacia la hoja que la pequeña sostenía con firmeza. El golpe fue certero y la muerte llegó casi de inmediato.

Arianne empezó a pensar algo, a percibir una serie de imágenes nebulosas en las que se veía a sí misma alternadamente como niña y como guerrera. Su conciencia de especie empezó a decir algo sobre la supervivencia, pero ella ya no podía escuchar nada más. La última sensación que experimentó fue la tibia sangre sobre la que reposaba su mejilla donde había caído. Akira realizó los trámites rápidamente mientras Guinnivere era atendida de un colapso nervioso. Su esposo recogió el recibo que cubría el costo del armamento de su fallecida hija, acompañado por la acostumbrada carta de condolencias del Estado.

A Guinnivere ni siquiera le permitieron acercarse al desnudo cadáver de Arianne, que, junto con otros, estaba siendo lavado para llevarlo a la fosa común. Empezaron el viaje de regreso a casa sin decir una sola

palabra, igual que todos los que viajaban con ellos, todos aquellos cuyos hijos no habían logrado justificar su existencia en los juegos de este año.

Los otros, los sobrevivientes, los justificados, celebraban con sus padres en distintos lugares, o bien se reponían de sus heridas bajo el cuidado de los médicos estatales.

A la mañana del día siguiente llegaron a casa de Karl para recoger a Jünge. Karl, que sabía lo que era perder a un hijo en los juegos, tampoco los importunó hablándoles. Jünge se acercó a ellos y trató de decir algo sobre su hermana, pero una mirada feroz de Akira bastó para hacerlo callar. Volvieron a casa manteniendo el mismo silencio duro. Jünge subió a su cuarto sintiéndose muy cansado, sin deseos de pasar frente a la puerta de la que había sido la habitación de Arianne. No tuvo que hacerlo. Un grito lo detuvo.

—¡Jünge! —sonó la voz de Akira desde el patio.

Cuando Jünge bajó encontró a su padre listo. Vestía un karategui negro y sostenía en las manos dos varas de kendo para entrenamiento y otro karategui más pequeño, de color azul, con el que se había entrenado Arianne. Sin decir una palabra más se lo ofreció a Jünge. Desde el interior de la casa, Guinnivere pudo ver entre las pocas lágrimas que le quedaban, el primero de los largos y fatigosos entrenamientos de su hijo más pequeño. Todavía le faltaban dos años.

¿Por qué, se preguntó Guinnivere, Akira hacía tan difícil este primer entrenamiento? ¿Acaso su esposo había visto también un suicida brillo de compasión en los ojos de Arianne antes de morir?

EL ENVIADO UN HOMENAJE DICKIANO

PACO IGNACIO TAIBO II

El escritor levantó la vista, se alzó levemente de la poltrona donde había estado dormitando y me observó fijamente.

—¿Qué sigue?

—No sé.

—Pero usted dice que la clave de la historia es Hollywood. Un Hollywood mexicano.

—Así es. El supuesto es que los norteamericanos no ganaron la guerra de 1847 y que California, Arizona, Nuevo México, siguieron siendo mexicanos. El segundo supuesto es que los emigrantes europeos que hicieron nacer el cine industrial, a principio del siglo, lo harían, pero en territorio mexicano, en una colina en las afueras de Los Ángeles llamada Santobosque.

—¿Y por qué me cuenta esta historia?

—Oí decir por ahí que usted está interesado en las ucronías.

—Me interesa la hipótesis. Yo no hubiera nacido, no estaría aquí, esta conversación no se estaría celebrando...

—No necesariamente, aunque las cosas serían bastante diferentes.

Se quitó los anteojos y se llevó la mano a la cabeza. Estaba bajo la cruda de los efectos de una docena de barbitúricos. Pensaba lentamente. A causa de la mariguana estaba perdiendo pelo. Encendió un puro, un Regio nayarita.

—¿Y cómo me llamaría yo si tal cosa hubiera sucedido?

—No sé, supongo que Felipe K. Pito.

—No me gusta.

—No, no es muy honorable. Suena de la chingada —le dije reconociendo la desfortuna.

—Y entonces usted vendría a contarme esta historia, y dentro de unos instantes, o unas horas, o unos días, habrá de producirse una llamada telefónica para proponerme hacer una película basada en una de mis novelas. Exactamente una versión cinematográfica de *¿Sueñan los androides en ovejas eléctricas?*

—Creo que sí.

—Pero Los Ángeles, ¿seguiría siendo Los Ángeles?

—Hay más taquerías en su versión de una California norteamericana, más mariachis, pero sí. Además su historia se sitúa en el futuro. ¿Qué importa?

—Oiga —me preguntó inquieto— ¿Y Griffith y *El nacimiento de una nación*?

—La película fue un éxito, la filmó Eulalio Bedoya.

—¿Hizo Orson Welles el *Ciudadano Kane*?

—Sí, y casi después de terminada se casó con Dolores del Río y se nacionalizó mexicano. Vive en Veracruz.

—Los Estados Unidos sin Hollywood no existen —afirmó.

—Más o menos. Lincoln perdió la guerra de secesión, Chaplin desembarcó en Antigua pero hizo de todas maneras *El gran dictador*. Texas mantuvo la independencia, el Indio Fernández filmó *El ángel güero*, con Marlene Dietrich. Pola Negri y Buster Keaton aún viven en Tijuana. Pearl Harbour no existió, a cambio los japoneses bombardearon Cabo San Lucas... Se supone que usted es ciudadano de un país sin alma.

—Supongo que nos lo merecemos —dijo Phillip K. Dick y fue hacia su refrigerador a buscar una cerveza, una cerveza Sol, y regresó arrastrando las zapatillas y pensando que Felipe K. Pito no era un nombre tan malo después de todo.

Cuando regresó al cuarto el enviado ya no estaba, yo me había ido. No pareció darle demasiada importancia a mi desvanecimiento.

Se sentó a la máquina y comenzó a escribir furiosamente. Si los del cine le iban a comprar una novela que no había escrito, más le valdría escribirla.

¿Cómo había dicho que se llamaba? ¿Sueñan los pinches robots en borregos mecánicos? Más le valía escribirla y más valía que la llamada telefónica se pospusiera para darle la semana extra que necesitaba.

La luz del Bulevar Santobosque entraba vigorosamente recogiendo el color naranja de una cortina y los reflejos del marco de plata de un espejo de metal repujado de Taxco, y repartiéndolos por el cuarto.

El tecleo sonaba como música. Como música de Vangelis, porque las cosas no habían cambiado tanto.

EL VIAJERO

JOSÉ LUIS ZÁRATE

Lo diré desde el principio: mi nombre es Eliseo Hernández y soy detective privado. Un detective real, de verdad, en este mundo encantador. Ahora bien, creo mi deber destacar que no soy un hombre rudo, buen peleador y que conozca todos los oscuros engranajes de la vida. Si se me quisiera describir con una palabra sería anónimo. O anodino. Cualquiera. Y no es que importe. Nada importa mucho. O casi nada.

Un día gris, en mi oficina, que es una de tantas, entró un hombre común, con todas las trazas de tener mucha prisa, y me dijo:

—Quiero contratarlo.

Antes de que mintiera diciéndole que no podía haber hecho mejor elección ni conseguido a nadie más eficiente que yo, el tipo puso frente a mí una cantidad de billetes digna de cualquier serie televisiva.

Lo que debería haber dicho para lucir mi rápido ingenio era: "De acuerdo, ¿a quién mato?"

Pero, por desgracia, las mejores réplicas se me ocurren siempre unas tres horas después de pasada la situación, así que lo que me salió fue un "¿Qué?", el cual fue ignorado por completo.

—Sólo dígame si el dinero es bueno —vio su reloj, como si éste lo hubiera mordido—. Vendré mañana.

Acto seguido mi primer cliente misterioso salió, y lo único que alcancé a pensar fue que no se parecía a mis típicos clientes, esto es, cónyuges desconfiados. Vaya encargo más tonto; así que tomé el primer billete y un prócer de la patria me miró tras unas gafas de abuelito, con una sonrisa sesgada y nada divertida, un billete como todos. Nada del otro mundo. Excepto la fecha del próximo año.

“Ah, chingao”, pensé. Todos los billetes tenían fechas futuras y estaban muy usados, con esa textura que sólo años de circulación proporcionan, más o menos como unos calcetines míos. Si alguien los falsificó, su trabajo era estupendo. Pero no parecía ser eso, los billetes debían ser nuevecitos, crujientes y con fechas creíbles: ningún falsificador pondría una fecha futura... ¿cómo iba a saber que el diseño no se modificaría?

Bueno, sólo se me ocurrió una manera de comprobar si eran aceptados o no.

Abrí los cajones para buscar algunos de los sellos que conservaba de mi trabajo anterior. Encontré el de TESORERÍA junto con las credenciales y un viejo retrato de Alma que hice confeti antes de hallar la tinta. Mientras sellaba todos los billetes de tal manera que no se viera la fecha, me la pasé pensando si valía la pena pegar la foto. Significaba mucho trabajo y, a fin de cuentas, ¿para qué? Alma ya estaba muy lejos y un detective como yo no debe estar pensando en esas tonterías. Así que traté de olvidarla y me fui a gastar el dinero en diversos sitios sólo como parte de mi investigación. El trabajo es el trabajo.

—¿Quihubo, Cañas?

—Hola, contador. ¿Qué cuentas?

—Nada, mano, aquí chambeando...

—¿Sigues de detective?

—A veces. Oye, un favor. Dime si estos billetes son buenos, ¿no? Me los dio un cuate al que no le tengo mucha confianza que digamos... El banco te encarga de eso, ¿no?

—Claro, déjame ver... Yo me encargo de eso... hum... Pinche banco, ni el sueldo me subieron... Son buenos.

—¿En serio?

—Seguro.

—Bueno, pues... Cóbrate lo que te debo.

El tipo apareció al día siguiente. Y lo digo en serio, apareció. Yo estaba juntando todas las facturas para mostrarle en cuántos sitios eran aceptados sus billetes y planeaba recibirlo con una enorme sonrisa cínica y dura, digna de un detective, para informarle: "Eran buenos", y nada más, cuando al levantar la vista lo veo frente a mí. Me metió un susto de los mil diablos; hasta olvidé la sonrisa ensayada y puse una cara de pendejo común y corriente. Y es que la puerta de mi despacho se abre crujiendo como en película de espantos y yo no la oí, y ese tipo tenía la cara toda seria, algo así como si fuera a decirme que se había muerto.

Y exactamente eso hizo.

—Inventé una máquina del tiempo —dijo, y antes de que pudiera reírme o hacer algo más que reponerme del susto, agregó—: Me asesinaron hace dos años y no

sé quién, averígüelo. Me llamo Alejandro Leyva y vivía en... Le pagaré lo que usted pida.

Y sin previo aviso se disolvió en millones de puntitos negros que a su vez se fueron disolviendo en otros tantos puntos hasta desaparecer por completo.

Cuando el último de ellos se fue me acordé de respirar.

¿Pruebas? Estaban los billetes. Confiaba aún en mis ojos y algo menos en mi cerebro. Y había visto lo que había visto. Ahora se explicaba todo lo del dinero: el cuate ese, Leyva, viajó a mi futuro, apareciendo en cualquier lugar que manejara mucho dinero para traerlo a mi época. Me gasté el botín de un robo que aún no se efectuaba. Tuve que repetirme algo así como sesenta veces que no era un sueño para empezar a creérmelo. Tenía miedo, claro, cómo no, a un pinche tipo como yo no pueden pasarle milagros si estos no son malos o de plano terribles. Y no me acababa de decidir si aceptaba la investigación o no. El dichoso asunto no era el de seguir a alguien, no sabía por dónde agarrar el hilo y además... además necesitaba pensar, porque, reflexionándolo bien, ¿qué significa en realidad el tiempo? Tardé poco en darme cuenta.

Apenas entré a mi casa me di cuenta de que algo estaba fuera de lugar. No puedo decir qué, pues donde vivo todo está fuera de lugar. Ahora bien, cuando entré a ese chiquero tuve, durante un segundo, la certeza de hallarme en un sitio extraño. No sé lo que me dio tal sensación: mi sofá desvencijado seguía donde siempre, el pinche gato que Alma me dejó seguía siendo el mismo

pinche gato, sólo que imaginé a alguien entrando horas antes para mover todo unos centímetros, cambiando el ángulo de una revista y dándoles un toque húmedo a las manchas de las paredes, incluso alborotando el pelo del gato de tal manera que pareciera diferente. Casi igual. Casi. Me dije que todo era efecto de la impresión causada en mi delicada cordura unas horas antes y casi me lo creo, cuando escuché una voz:

—¿Cariño? ¿Eres tú?

Lo cual me produjo el mismo efecto que si un loco-maniático-homicida raspara una navaja de muelle contra un metal. Era Alma, mi novia, la que me había mandado a la chingada semanas antes, dejándome a su maldito gato, y a la cual jamás oí usar la palabra cariño.

—Soy yo —respondí.

Salió de mi cuarto con una bata rosa que me recordó la de mi abuela y con más sueño en la cara que las esperadas muestras de arrepentimiento desgarrador. Me dio un beso en la boca que me supo a formulario de gobierno y luego se fue a la cocina a prepararme algo. “Estoy loco”, pensé, y no he logrado disuadirme de lo contrario desde esa extraña noche en la cual Alma me sirvió la cena. Evité, con el mayor celo, darle vueltas a un asunto tan peculiar como era el de estar ante una mujer conocida por años que de la noche a la mañana es totalmente distinta y que... para colmo... se parece a mi madre. No quiero decir en lo físico, sino en la forma en que me trató. Como si fuera un marido cualquiera regresando de su típico trabajo para pasar durmiendo una noche junto con su esposa fotocopiada. Por algu-

na causa desconocida, tal vez el sueño aburrido de su semblante, su charla insulsa, mi desconcierto, no le hice el amor esa noche. Ella no lo pidió. Nos dormimos en nuestros respectivos lados de la cama. Antes de cerrar los ojos ella dijo:

—Buenas noches, amor.

Nada me había asustado tanto, ni siquiera el tipo de la mañana, como esa frase rutinaria.

—Buenas noches —mascullé.

Desperté temprano y me dije que todo había sido un sueño. Alma estaría borracha ayer, yo drogado, el mundo patas arriba y Dios en paz. Huí antes de que ella despertara y echara por tierra esa hermosa ficción. Para no pensar decidí que lo mejor era el trabajo —lo que demuestra lo perturbado que estaba. Un Alejandro Leyva asesinado hace dos años no sería difícil de localizar. Tengo amigos en la policía y de seguro leer el expediente del caso no representaba ningún problema.

Fui a mi oficina para recoger la agenda donde apunté la dirección de Leyva. En mi escritorio encontré una carta y —nuevo milagro— un montón de billetes del futuro. Leyva llevaba dos años muerto y aún podía robar, como si nada, dinero del mañana. Maldita sea la ciencia ficción. Leí la carta.

En primer lugar, Leyva escribió muchas explicaciones de cómo, por qué, cuándo planeó, diseñó y armó su maldita máquina, de lo cual no entendí ni madres. No importa nada más que la pregunta: ¿por qué me lo estaba contando? No me interesaba, no lo comprendí y no creo que fuera necesario para mi investigación. De

todas maneras lo más importante estaba casi al final. Al parecer, Leyva hizo funcionar su máquina con la idea de presentarse en el futuro para hablar consigo mismo años después y de este modo conocer los avances en el viaje del tiempo y saber cómo se usaba su invento. No se encontró. Cuando apareció en el futuro lo único que halló fue a un vecino aterrorizado ante lo que suponía un fantasma. Leyva murió el mismo día de su primer viaje. El vecino recordaba a un detective que había ido a investigar unos meses antes la muerte de Leyva, un tal Eliseo Hernández. En ese instante Leyva regresó a su época, unos minutos después del presente. El viaje en el tiempo necesitaba, a su vez, tiempo: minutos que lo acercaran a esa medianoche en que iba a morir. Intentó ir a esa hora con su máquina y así ver quién lo mató, pero fue imposible. Por alguna causa desconocida no pudo viajar a ninguna época en donde él estuviera vivo. Leyva programó su máquina para encontrarme a mí, en su futuro, unos años después de haber sido asesinado, para que investigara.

Cosa extraña esto del tiempo, él, Leyva, está en mi pasado, muerto ya; sin embargo, también se encuentra vivo tratando de evitar esa muerte. La diferencia era de sólo unas horas. Al Leyva vivo le quedaba poco tiempo y en su carta me dice que volverá en veinte días.

Al cabo de ese tiempo apareció. Dado que mi costumbre no es hablar con viajeros en el tiempo, imité —sin proponérmelo— un mal servicio telegráfico.

—Usted fue asesinado, según el forense, a las once quince de la noche. Era una bala calibre 38. No se

encontró la bala. Usted estaba en un cuarto cerrado del primer piso, junto a la cocina.

—Ahí tenía la máquina del tiempo.

—Vaya... bueno... creo que su máquina fue desarmada. Tal vez no parezca mucho un aparato porque en ninguna parte lo mencionan. No existen los viajes en el tiempo y usted fue olvidado. Le dispararon de frente, a menos de un metro, a quemarropa. La bala atravesó la caja torácica, perforó el corazón y salió por la espalda. ¿Cuánto tiempo le queda?

—En este tiempo, menos de un minuto. En mi época son apenas las dos de la tarde.

—Vi a su vecino. Le di mi nombre de tal manera que se acuerde de él en el futuro. Recuerda un grito. El suyo, Leyva. Estaba gritando en su cuarto. Por lógica se encontraba en su época. Un grito muy corto, según me informó. Cuando llegó la policía, al cabo de media hora, el asesino pudo huir una docena de veces. ¿Quién quería verlo muerto?

Empezó a desvanecerse.

—Nadie.

Desapareció, pero los puntos negros me dijeron con la voz de Leyva que volvería en un mes.

Ese día no fui a comer a casa. Pensé que Alma preparaba algo y no tenía ánimos para ir. Se portaba de forma muy rara, pero yo profeso, como filósofo de altos vuelos, la idea de que todos pueden hacer lo que les dé su regalada gana siempre y cuando no me pasen a chingar. El problema estribaba en que Alma no me daba motivos para sentirme mal. Después de todo, a

cualquiera le gusta tener una esclava sumisa y callada. Parecíamos casados. Lo que es peor, me sentía casado. Ella no era así, no mucho en realidad. Hablaba de trabajar y de unión libre, tener hijos cuando fuéramos maduros y cosas por el estilo. La nueva Alma, en cambio, se quedaba todo el día en casa y se quejaba de aburrirse mientras me recibía con un beso en la mejilla. Como alguien escribió en un libro: el amor de los detectives siempre termina en la basura, aunque no creí que fuera de esta clase.

Simplemente para no seguir pensando me puse a ver la calle a través de los cristales del restaurante. Me dio la impresión de que algo se encontraba fuera de lugar y no sabía qué. Tardé veinte minutos en darme cuenta del cambio. Los postes de luz, semáforos, lámparas, eran verde oscuro, cuando el día anterior habían lucido un verde claro. Dejé en paz mi decimoctava cerveza, seguro de que ella era la culpable de todo. Diablos. Un taxi pasó por una calle que hacía veinticuatro horas no estaba ahí. Algo extraño. Una muestra de mi veloz intelecto al decirlo. El problema consistía en saber qué estaba pasando.

Era hora de pensar en cuestiones tales como las paradojas. Leyva supo de mí porque en el futuro un vecino suyo le dio mi nombre. Yo le di al tal vecino mi nombre porque en el futuro lo sabía. Luego entonces, era inevitable que yo estuviera implicado en el asunto Leyva. En matemáticas esta paradoja se explica con dos páginas llenas de símbolos. Pinche suerte. Siempre reprobé matemáticas. Veamos.

- A. Leyva es un viajero en el tiempo.
- B. Algo le está pasando a Alma.
- C. Y a la ciudad.
- D. Todo empezó cuando él llegó.
- E. ¿Puede él cambiar mi historia?
- F. Si es así, yo no me daría cuenta; si mi pasado es modificado, yo cambiaría con éste y no sabría del cambio.
- G. No sé qué chingaos hago haciendo listas.
- H. ¿Por qué me escribió Leyva esa carta contándome cómo construyó su máquina?
- I. ¿Qué le pasó al artefacto una vez muerto Leyva?

Todo era cuestión de organizarse. Estaban ya los interrogantes y las premisas a seguir, sólo faltaba responder esto:

1. ¿Qué carajos hago ahora?

Los días siguientes fueron un adecuado ejemplo de mis innatas y sofisticadas facultades para la investigación. Me la pasé buscando a gente a la que, en su mayoría, no encontré. Leyva no me ayudó mucho con su dichosa carta; en primer lugar no me dijo si vivían sus padres. Si era casado. Los nombres de sus hermanos, de tenerlos. Lo cual quiere decir que el idiota leía novelas policiacas y que supone que uno podría hallar fácilmente la información. ¡Ja!, valiente asunto. Aquí no hay datos confiables, archivos ordenados a los cuales acudir. Aquí hay burocracia. Papeles perdidos. Gracias a Dios también hay vecinas, las cuales me dieron datos —algunos hasta

se referían a lo que estaba investigando—, que pueden resumirse en pocas palabras: Leyva no recibía a nadie.

Sin embargo no era un ermitaño: iba a dar clases a la universidad. Hablé con sus compañeros presentándome —lógico— como un detective que investiga una muerte misteriosa. Sirvió de mucho. La imaginación de sus colegas se despertó. Recordaron hechos que no me habrían proporcionado si les hubiera salido con un cuento. No había mucho qué saber. Leyva se llevaba mal con todos. Para empezar, con la dirección de la escuela. Le valían madres sus alumnos, no apoyó jamás a ningún partido político.

Bebía mucho. Una vez golpeó a un profesor por un malentendido y ya nadie se acordaba de quién era el otro. Ésa era la anécdota más interesante de Leyva.

No tenía esposa, no tenía amante, no tenía amigos, no tenía madre.

Maldita sea.

Leyva estaba solo.

Tuve que reconocerlo: a nadie le importaba un bledo Alejandro Leyva.

Por eso la carta. No tenía a quién decírselo, a quién mostrarle su triunfo y presumir. Nadie se iba a tomar la molestia de matarlo.

Se parecía a mí.

La escena del crimen. Una casa ya rentada por una señora que encontró interesante que habían matado a alguien justo en el cuarto de los niños. Interesantísimo, concedí. Y entré a un lugar que parecía un híbrido entre recámara de niños estadounidenses y campo de bata-

lla. Una cama desordenada. Revistas tiradas por todas partes. No le presté atención. Lo interesante del asunto eran las pequeñas dimensiones del cuarto. Una sola puerta. Ninguna ventana. Me enteré de que las cerraduras no habían sido cambiadas, eran de las que sólo podían cerrarse por dentro. Y es que todas las cerraduras del cuarto de Leyva estaban cerradas. El clásico asesinato en el cuarto donde el criminal no puede huir.

Mi teoría de que le hubieran disparado por la ventana no funcionaba.

Me acordé de que la bala atravesó a Leyva; ¿dónde estaba el agujero? Pues bien, para no hacerla larga, la señora esa y yo buscamos en cada centímetro de las paredes, y nada. Ningún agujero. Lógico.

Ésta es una investigación hecha por un... aficionado, por decirlo así. Muchas cosas no supe y no importan en esta historia. En todo lo que me contaron de Leyva quienes lo conocieron no había nada digno de ser contado. Gris. Más gris que yo. Vaya.

Está de más decirlo porque lo dicen, pero de todas maneras ahí va: si me hubiera puesto a pensar en serio en vez de hacerme pendejo, sabría quién era el asesino de Leyva.

Alma continuaba siendo la esposa ideal. Quise patearla; no lo hice por la horrible sensación de que ella lo aceptaría estoicamente. Su cruz. ¡Pinche cruz! Así que llegué bufando, me senté furioso y ella me sirvió la cena en silencio. Luché con la idea de propinarle una bofetada estratégica a la hora de los frijoles para ver si la antigua Alma, aquella que era una hija de la chingada, reac-

cionaba. No lo hice. No pude. La costumbre me estaba cambiando.

Reflexioné esa noche —con la otra Alma habría hecho cualquier cosa menos pensar—. Bien, veamos, las personas y lugares que conozco han cambiado. No mucho, pero sí lo suficiente para que se note. El cambio es demasiado grande —en proporciones, casi toda la ciudad— para pensar en una jugarreta. Tal vez no sea que todo fuera diferente, sino yo. Yo no estaba donde debería estar. ¿Cuándo fueron los cambios? Después de estar junto al viajero del tiempo. Y una máquina temporal no es, para decirlo de algún modo, lo más común del mundo. ¿Y si me desplazaba a otro tiempo? No al futuro o al pasado, nada de eso, sino que fui trasladado a un presente en el cual Alma tenía otra personalidad. Sí, podía ser. La ciudad seguía siendo la ciudad, sólo un poco más pintada. El *quid* del asunto consistía en que ignoraba por cuánto pinche tiempo.

Leyva apareció. Se fue. Hablamos. No importa tanto el qué, sino los nuevos cambios. Esta vez fueron mucho más violentos que los anteriores. Estuve muy consciente de mis sentidos. Experimentaba un desasosiego muy dentro de mí. Algo así como cuando uno sube a un elevador a punto de moverse. Leyva desapareció en puntos negros que se expandieron mientras se subdividían y me fueron rodeando, rodeando...

Primer cambio: Alma se había largado. La casa estaba hecha un asco. No había ningún gato. Estaba solo. No supe qué sentir. ¿Habría un alma aquí? Tal vez.

Mi casa no era mi casa. Estaba llena de detalles que a mí nunca se me hubieran ocurrido. Y sin embargo,

encontré ropa de mi talla que desconocía. Yo la compré. Mi otro yo. Lo que conduce a caminos no muy gratos. En otras palabras, mi existencia en este lugar: un Eliseo Hernández que usaba calzoncillos estilo bikini —¡qué horror!— con un pasado diferente, una vida diferente. ¿Qué fue de él? Tal vez fue desplazado a otra realidad en donde otro Eliseo fue desplazado y... bueno, hasta el infinito.

Milagro en mí, compré todos los diarios que pude encontrar. Me asusté. El mundo estaba a un tris de la guerra. Al menos eso decían los periódicos. Pudiera ser que en este tiempo fueran manipulados totalmente pero no estaba seguro. En el próximo desplazamiento bien podía encontrarme en medio de algo terrible. Una batalla, en fin, algo así. Y no podía liberarme de Leyva, partir al extranjero, hacerme el muerto. Bastaba con que supiera que me largué para detenerme... y desplazarme. Maldita sea. Maldito sea. Pinche suerte. Malditos sean los viajes en el tiempo.

Fue entonces cuando supe lo que sucedió en la casa de Leyva hace dos años. Estaba tan asustado que no me importó saber el nombre del asesino.

Leyva apareció. Sabía que iba a desplazarme violentamente. Cada viaje provocó un cambio mayor que el anterior. Leyva me dijo que había sobrecargado su aparato y que, sin contar éste, sólo le quedaba un último viaje antes de que fuera medianoche en su época. Sólo necesitaba saber el nombre del asesino, y entonces iría al pasado para modificarlo de tal modo que jamás el criminal y Leyva se encontraran.

—¿Qué puede pasarle a la máquina con esta sobrecarga?

—Puede fundirse.

Claro, el último eslabón. Ya sabía lo que le pasó a su invento.

—No se encontró ninguna máquina, Leyva, sino una masa metálica sin forma. Destruyó su aparato.

¿Cuánto tiempo tiene?

—Nada, nada de tiempo. ¿Sabe quién fue?

—Sí, lo sé.

—¿Y bien?

—Fui yo —dije, sacando una pistola del cajón.

Leyva me miró, sorprendido. Y también, lo sé, un poco triste. Su suerte, debía estar pensando, su pinche suerte. Ahí, con el arma en la mano quise decirle que no lo mataba por ser quien era, así de desagradable y solitario, pero, por supuesto, era una mentira. Por eso mismo estaba apretando el gatillo, porque en mi presente (el futuro de Leyva) nada le importa, porque con su máquina del tiempo cambia totalmente la historia, iy que la historia se vaya a la chingada!, pero también a mí. Si deseaba reformar al mundo, nada lo iba a impedir. Si no estaba atado emocionalmente a una época, podía mandarla al carajo. ¿Entonces?

Nada importa demasiado, excepto yo. Y aun así me era difícil matarlo.

Quise decirle que el tiempo sabe defenderse a sí mismo, no sé qué más...

Leyva se disgregó en un montón de puntos negros. Me quedé tan sorprendido que lo único que pude hacer fue apretar el gatillo. Gritó. Leyva gritó. Desapareciendo, gritó. Una bala 38 atravesó los puntos y fue a incrustarse

en una pared del despacho. Ningún agujero en el pasado. El cuerpo herido mortalmente viaja en el tiempo hacia el pasado, dos años atrás, para morir ahí, gritando lo que su vecino recuerda como un grito muy corto.

No dudé ni por un momento que Leyva estuviera muerto.

LA AUTORA Y LOS AUTORES DE LA ANTOLOGÍA

Elia Barceló (Alicante, España, 1957) es una de las autoras más reconocidas de la ciencia ficción y la narrativa fantástica en lengua española. Conocida como “la dama de los mil mundos”, su obra abarca novelas juveniles, literatura fantástica y narrativa contemporánea, siempre con personajes complejos y un trasfondo reflexivo. Entre sus títulos más destacados se encuentran **El secreto del orfebre**, **Cordeluna** y **El color del silencio**. Ha recibido numerosos premios, entre ellos el **Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil de España** (2020).

Bernardo Fernández, BEF (Ciudad de México, 1972) es narrador, historietista y diseñador gráfico. Su trabajo abarca la novela gráfica, la narrativa de género negro y la ciencia ficción. Autor de obras como **Tiempo de alacranes** (Premio Nacional de Novela Negra “Una vuelta de tuerca”) y las novelas gráficas **Espiral** y **Habla María**, su estilo combina un agudo

sentido del humor con una mirada crítica a la sociedad. Es considerado una figura central del cómic y la literatura de género en México.

Gerardo Horacio Porcayo (Cuernavaca, 1966) es uno de los pioneros del *cyberpunk* en español y una figura clave de la ciencia ficción mexicana contemporánea. Su novela **La primera calle de la soledad** es considerada la obra fundacional del *cyberpunk* latinoamericano. También ha incursionado en la narrativa fantástica y el terror, explorando temas como la identidad, la tecnología y el desarraigo. Su obra ha sido traducida y antologada en varios países.

Irving Roffe (Ciudad de México, 1953) es narrador, poeta, guionista y editor, con una extensa trayectoria en la ciencia ficción y el terror. Su estilo se caracteriza por el uso de atmósferas inquietantes y la exploración de lo sobrenatural. Entre sus obras más conocidas se encuentran **El secreto de las muchachas**, **Cuentos del espejo roto** y **Vidas perpendiculares**. También ha sido un importante difusor de la literatura fantástica en México a través de talleres y publicaciones especializadas.

Mauricio-José Schwarz (México, 1955) es escritor, periodista y divulgador científico. Ha publicado narrativa de ciencia ficción, policial y ensayo. Entre sus títulos más conocidos se encuentran **La oscura mo-**

narquía, La ciudad del crimen y La música de las esferas. Reside en España, desde donde mantiene una intensa actividad como analista y divulgador en temas científicos y sociales, combinando la literatura con el periodismo crítico.

Paco Ignacio Taibo II (Gijón, España, 1949) es escritor, periodista e historiador, nacionalizado mexicano, y una de las figuras más influyentes de la novela negra en lengua española. Autor de la célebre serie del detective Héctor Belascoarán Shayne, también ha escrito crónica histórica y biografías, entre ellas **Ernesto Guevara, también conocido como el Che.** Ha recibido premios internacionales como el Hammett y el Bancarella. Actualmente dirige el Fondo de Cultura Económica.

José Luis Zárate (Puebla, 1966) es narrador, poeta y ensayista, considerado una voz esencial de la ciencia ficción mexicana. Su obra explora los mitos universales desde una perspectiva contemporánea, con títulos como **Xanto, novelucha libre, La ruta del hielo y la sal y Del cielo profundo y del abismo.** Ha sido galardonado con el Premio UPC de Ciencia Ficción (España) y su narrativa ha influido a nuevas generaciones de autores del género.

ÍNDICE

SFUMATO. MÁS AZUL

ELIA BARCELÓ

5

LA BESTIA HA MUERTO

BERNARDO FERNÁNDEZ (BEF)

19

LOS MOTIVOS DE LA MEDUSA

GERARDO HORACIO PORCAYO

45

YA NO HAY DECENCIA

IRVING ROFFE

65

LA PEQUEÑA GUERRA

MAURICIO-JOSÉ SCHWARZ

73

EL ENVIADO UN HOMENAJE DICKIANO

PACO IGNACIO TAIBO II

85

EL VIAJERO

JOSÉ LUIS ZÁRATE

89

Impreso en México, en 2025.
Prohibida su venta, ejemplar gratuito.